

SUPLEMENTO No. 20 JULIO 2002

Diaria

DE CAMPO

A black and white portrait of a woman with short dark hair, smiling slightly. She is wearing a dark, long-sleeved jacket over a light-colored, patterned blouse. The background is a warm, textured orange and yellow with faint floral or leaf patterns.

Beatriz Oliver Vega



En imágenes

Las fotos que se presentan en este número fueron recolectadas de distintas fuentes y formas. Algunas las proporcionaron los familiares, colegas y amigos de la maestra Beatriz Oliver; otras forman parte de la fototeca de la Subdirección de Etnografía del Museo Nacional de Antropología y las demás son resultado de la propia investigación de la profesora durante los recorridos de campo que efectuó en su dedicada labor de estudio en lugares como San Pablito Pahuatlán, la región Otomí, Hidalgo, Estado de México, Querétaro y la Sierra Norte de Puebla. En estas imágenes se advierten las diversas tareas que ejerció en el MNA a lo largo de su vida. Lo mismo la podemos observar guiando recorridos por las salas de este museo, que participando en foros de discusión y en su intensa labor de trabajo de campo.

Agradecimiento

Queremos agradecer la participación de las siguientes personas para la realización tanto de este número especial como del homenaje que se celebró en el Museo Nacional de Antropología el mes pasado: Catalina Rodríguez Lazcano y María Eugenia Sánchez Santa Ana, que recolectaron las ponencias y les dieron una primera revisión; igualmente a Rosalía Castellanos, Javier H. Gutiérrez, Ma. Valeria Matos, Claudia Mayen Trujillo, Sergio Torres y por último, a Jesús Valdovinos, quien efectuó la investigación fotográfica.

ES UNA PUBLICACIÓN INTERNA DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA
DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

DIRECTOR GENERAL DEL INAH:	SERGIO RAÚL ARROYO
SECRETARIO TÉCNICO DEL INAH:	MOISÉS ROSAS
DIRECCIÓN:	GLORIA ARTÍS
SUBDIRECCIÓN EDITORIAL:	ROBERTO MEJÍA
APOYO TÉCNICO:	VICENTE CAMACHO
CORRECCIÓN DE ESTILO:	MAURICIO DEL RÍO
DISEÑO Y FORMACIÓN:	AMADEUS / ANA MA. BENAVIDES / LILIANA ARGUETA



El Suplemento de *Diario de Campo* publica artículos, relatorías de foros, cartas, manifiestos, etc., que son enviados antes de la fecha de cierre. La responsabilidad del contenido de estos materiales es exclusivamente de sus autores.

INDICE

7 Reconocimiento a la maestra Beatriz Oliver Vega. Museo Nacional de Antropología 24 de mayo del 2002 <i>Felipe Jesús Ojeda</i>	25 Beatriz Oliver Vega y los coloquios sobre grupos otopames <i>Noemí Quetzada</i>
8 Evocación de la vida y obra de la maestra Beatriz Oliver Vega <i>Alejandro Contreras Villareal</i>	27 Maestra Beatriz M. Oliver Vega <i>Alfonso Serrano Soria</i>
9 La investigadora del Museo. Tres décadas de vida en común: Beatriz Oliver y el Museo Nacional de Antropología <i>Catalina Rodríguez Laccana</i> <i>María Eugenia Sánchez Sauter Aza</i>	30 La maestra Bety Oliver, un recuento de nuestra amistad y coincidencias profesionales <i>Carlos Vázquez Olvera</i>
10 ¡Beaatriz! <i>Olimpia Forfan Morales</i>	31 Beatriz, una amiga difícil de olvidar <i>Idalia Manolaza Rivera</i>
12 Siguiendo la huella de los pames <i>Dora Sierra Carrillo</i>	35 A la maestra Beatriz con cariño <i>Rosalba Castellanos González</i>
14 Reestructuración de las salas otopames y Sierra Norte de Puebla del Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México <i>Lita Weber</i>	37 Abril 2002 <i>María Valeria Mateo Pérez</i>
16 Querida Bety: <i>María Otilia Martínez Guzmán</i>	40 La familia
18 Beatriz Oliver como sujeto participante en la estructura del Museo como unidad científica y educativa <i>Marcos Castro León Espino</i>	43 Beatriz Oliver Vega. Una admirable mujer guayera
20 Abriendo fronteras académicas. Quién era para mí la maestra Beatriz Oliver Vega <i>Beatriz Mariana Alcántara</i>	45 Ya desde hace un rato las extraño <i>Donaciano Gutiérrez Gutiérrez</i>
	49 En recuerdo de Beatriz <i>Roberto Corvantes Delgado</i>
	52 Bety, recuerdos inolvidables <i>Emma Pérez Pochus</i>

Reconocimiento a la maestra Beatriz Oliver Vega. Museo Nacional de Antropología 24 de mayo del 2002

Felipe Solís Olguín

Director del Museo Nacional de Antropología-INAH

El reciente deceso de la Mtra. Beatriz Oliver Vega nos hace reflexionar acerca de una vida entregada a la investigación y a la docencia en antropología. En efecto, Beatriz Oliver, desde su ingreso a este museo en 1971, dedicó todos sus esfuerzos a conocer las múltiples facetas de los grupos étnicos mexicanos con el propósito de difundirlas a través de la palabra en el magisterio, de la letra impresa en artículos, libros y catálogos, y lo que es más importante para la comunidad de quienes nos encargamos de las colecciones de los museos, presentarlas de tal modo que el público que asiste al Museo Nacional de Antropología pueda comprenderlas a través de los discursos científicos que conforman los recorridos de las salas.

En 1971, cuando Beatriz Oliver ingresa al Museo, a la entonces Jefatura de Sección de Etnografía encabezada por la Mtra. Barbro Dahlgren, tenía como director al Dr. Ignacio Bernal. En aquel entonces no existían las curadurías; el jefe de sección, fuera de arqueología o etnografía, tenía ayudantes que se encargaban de hacer las fichas de catálogo y acompañarlo en los distintos proyectos de investigación. Fue en ese ambiente que inició su trabajo Beatriz Oliver, a quien desde el principio le tocó en suerte contactar por primera vez con los grupos otomianos. Desde entonces, este conjunto de pueblos que participan de una lengua madre sería su tema central de investigación.

Disciplinada y puntual, todos hemos de recordarla como una trabajadora del quehacer social, que pese a cualquier vicisitud siempre cumplió con su horario de trabajo esta virtud la distinguió de muchos otros, y por ello se le nombró Jefa del Departamento de Etnografía en 1984. Para entonces, el esquema administrativo del Museo y del Instituto iba conformando una red más adecuada, por lo que se había decidido transformar las secciones en departamentos para posteriormente convertir a los departamentos en subdirecciones, como es el esquema que campea actualmente. Beatriz Oliver, de Jefa de Departamento pasó a Subdirectora de Etnografía y su carrera administrativa concluyó en 1992.

En los últimos dos años al frente de la Subdirección de Etnografía convivimos realizando tareas semejantes en la administración del Museo

Nacional de Antropología. Desde mi posición de Subdirector de Arqueología, ambos participamos en el proyecto de catálogos de salas y colecciones, que inició la Dra. Sonia Lombardo, por aquel entonces Directora del Museo. Fue ahí cuando me admire de la gran capacidad de trabajo que tenía Beatriz, quien buscaba cumplimiento de horarios, entrega puntual de informes y trabajos, en resumen, conducía con mano firme la Subdirección a su cargo.

En lo cotidiano desde 1971, cuando también yo ingresé al Museo, en tiempos del Dr. Piña Chán y después de la Mtra. Noemí Castillo Tejero, conocimos a Beatriz Oliver, siempre seria y adusta, preocupada porque salieran a tiempo las magníficas series de su jefatura, que aunque se hacían en mimeógrafo, hoy, a la distancia, aumentan su valor pues difícilmente encontramos trabajos que siquiera se les igualen. Fue en esta serie de etnografía donde Beatriz publicó su cuaderno de trabajo titulado *Los grupos otomianos*, que fue la base de sus propuestas para los cambios de la Sala, y también su carta de presentación que permitió su ingreso al grupo de estudios de los otomíes.

Su puntillosa dedicación a una investigación dio como resultado su tesis de maestría, dedicada naturalmente a los otomíes; en tanto, ella fue la autora de las secciones dedicadas a dicho grupo étnico en los catálogos y libros que se hicieron del Museo Nacional de Antropología en esos 30 años.

Hemos de resaltar que propugnó por la renovación del discurso museográfico del Museo, que salvo ligeros cambios, era el mismo desde 1964. Finalmente, vio cristalizados sus anhelos cuando en 1999 se abrió al público la Sala de los Otomíes plenamente renovada, de la cual ella hizo el trabajo curatorial, y en el año 2000, con la apertura de la Sala Sierra de Puebla.

De manera accidental y sin que nadie lo hubiera esperado, Beatriz Oliver inició el camino de la oscuridad, dejando el recuerdo de un trabajo fecundo, de una entrega absoluta a su institución y un cumplimiento al deber, que se hace raro en nuestros tiempos.

Que esta sesión de homenaje sea, en efecto, un reconocimiento a su figura y a su trabajo.

Evocación de la vida y obra de la maestra Beatriz Oliver Vega

Alejandro **González Villarruel**
Subdirector de Etnografía
Museo Nacional de Antropología-INAH



Con la vitalidad de su espíritu, Beatriz Oliver Vega se fue convirtiendo en una animadora de variados grupos.

Una causa de la transparencia de su espíritu, de su indole bondadosa y leal fue su estrecha unión con el Museo Nacional de Antropología y con su público. Algo se antoja evidente: Bety no hacía una antropología para alcanzar la fama ni para ganar premios. Lo que a Bety le gustaba oír, entre tanto barullo generoso de colegas y amigos, era la única frase por la que se es curador en el MNA: visité tu Sala y punto.

La vida profesional de Bety en etnografía es tanto una huella como una semilla; entiendo entonces que para muchos de nosotros trabajar en Etnografía del Museo Nacional de Antropología es una misión y un destino.

Beatriz no necesitó de trampas políticas para sobrevivir en nuestro gremio. Con sus propias manos fabricó una silla y se sentó a la mesa de la antropología mexicana. Para quienes la conocimos fue maestra, amiga, colega, ejemplo sobre todo de cómo ser y hacerse investigador sin alharacas: sencillamente siendo y trabajando.

Beatriz vio en su trabajo un hecho de aportaciones. Su generosidad, su lucidez, es la que se nos fue. Quedan en pie las lanzas de sus investigaciones y el ejemplo de su integridad humana y profesional.

Siempre pensé que era inmortal. Siempre inconforme con los destinos torcidos y las promesas trucas de su profesión. Con su muerte nos despoja no sólo de su presencia y diálogo, sino de su buena influencia en el destino común de nuestro Museo.

Con este número de *Diario de campo* realizamos un homenaje a la maestra Beatriz Oliver Vega. Hemos separado los artículos que elaboraron colegas y amigos en cuatro rubros: el primero se refiere a la labor que emprendió como investigadora en el Museo; el segundo a su mística como maestra; el tercero lo elaboran quienes participaron con ella abriendo fronteras académicas, y en el cuarto, sus actividades fuera de su profesión de antropóloga.

La investigadora del Museo. Tres décadas de vida en común: Beatriz Oliver y el Museo Nacional de Antropología

Catalina Rodríguez Lazcano
María Eugenia Sánchez Santa Ana
Subdirección de Etnografía-MNA



Existen personas que se convierten en personajes de los barrios que habitan, los lugares donde trabajan o los sitios que frecuentan. En el Museo Nacional de Antropología, Beatriz Oliver es un caso típico de este fenómeno, pues su vida académica corrió paralela al Museo desde 1971 hasta el 13 de febrero de 2002, fecha en que, tras un silencioso padecimiento, Beatriz "se quitó de sufrir", como se suele decir en algunos lugares.

Su vida laboral abarcó varias etapas, pasadas y recientes, y otros campos diferentes a la antropología de museos; asimismo, su personalidad se fragmentó en muy distintas facetas que quizá otros amigos y familiares conocerán mejor. Ellos podrán recordar su trayectoria y contribuciones como maestra normalista, buceadora, colaboradora voluntaria en la Asociación de Jóvenes Cristianos (YMCA), así como sus papeles de hija ejemplar, hermana, tía... Aquí, en las siguientes líneas, nos proponemos evocar sólo los aspectos de la vida de Beatriz que conocimos más cercanamente, por haberlos compartido los últimos 16 años en la Subdirección de Etnografía del Museo Nacional de Antropología y resaltar su trabajo como investigadora y curadora del área otopame, su preocupación por el patrimonio cultural etnográfico y su interés por la formación de nuevos profesionales.

Los otopames: un encuentro para siempre

Según relataba Beatriz, su más antigua experiencia laboral en antropología se remontaba a la época en que la maestra Barbro Dahlgren encabezaba la sección de Etnografía en el Museo, allá por los inicios de la década de 1970. Bajo su dirección, Beatriz se inició primero en el conocimiento de las materias primas y las técnicas de la alfarería y después en el de la cultura de los pueblos otopames. En el año de 1971, la maestra Dahlgren prácticamente lanzó a Beatriz, sin compañía y sin red de protección, a realizar trabajo de campo en el estado de Hidalgo, en la zona otomiana. Años más tarde, Beatriz recordaría con gratitud esta anécdota y repetiría tal acción con sus alumnos, reconociéndola como un magnífico tratamiento de *shock* para curar el temor de algunos estudiantes a enfrentar la complejidad de las sociedades, urbanas o rurales, con las imberbes herramientas de la antropología aprendida en las escuelas de antropología.

Fue así como se inició su especialización en las culturas otopames en general, campo de estudio del que nunca se separaría. Recorrió las zonas pobladas por otomíes, mazahuas, matlatzincas y, muy a su pesar, no pudo realizar su deseo de recorrer la zona pame de San Luis Potosí. Sus





sondeos por las distintas poblaciones formaban parte de una suerte de investigación que abarcó muy diversos asuntos de la cultura material, entre los que se cuentan la indumentaria, joyería y alfarería; de la religión, con temas como fiestas, danzas, medicina tradicional, papel amate, oratorios y temazcales; de la organización social y económica, en la que abordó los sistemas de cargos religiosos, la familia, el sistema de mercados. Pero lo que llamaba su atención poderosamente, fiel a su formación de etnohistoriadora, era el desciframiento histórico de las culturas otopames. Le intrigaba e indignaba cómo, después de haber sido sociedades que se destacaron por su desarrollo en los siglos X al XIV, declinaron frente al empuje del imperialismo mexicano y de otros vecinos, viniendo a convertirse en pueblos dominados, pobres y despojados de su pasado histórico (Oliver, 1991a: 27 y 32).

Beatriz dedicó su tesis de maestría en etnohistoria a reivindicar el papel que ocupó la cultura mazahua en la civilización mesoamericana primero y en la novohispana después. A pesar de haber recibido recomendación para su publicación, los múltiples compromisos, adquiridos día con día, la obligaron siempre a posponer la revisión y edición de este trabajo.

El primer encuentro con los otopame, ocurrido en 1971, pronto devino en genuino interés, cariño y compromiso académico, elementos indisolubles de un trinomio que bien entienden aquéllos que han decidido concentrar sus carreras académicas —conscientes de lo efímeras que son— en un pueblo étnico, una región o un tema. Por ello, Beatriz no entendía a quienes dividen su vida en el estudio de varias regiones y su crítica, a lo que ella consideraba una falta de compromiso, era implacable hacia los investigadores que abren nuevos frentes sin haber logrado resultados concretos y sin haber cubierto las asignaturas pendientes. Esto no significaba que ella misma no sintiera la necesidad de hacer una antropología comparada, por lo que, cuando tenía ocasión, hacía recorridos y leía o escuchaba trabajos relativos a las diversas regiones étnicas de México, que le sugerían otras formas de mirar sus propios resultados. Incluso llegó a publicar trabajos de sus ocasionales incursiones en terrenos que la atraían, como la medicina tradicional (Horcasitas y Oliver, 1984), o en los que se veía obligada a intervenir en su calidad de Subdirectora (Farfán, Oliver y Suárez, 1984 y 1986a).

Su investigación con los pueblos otopames fructificó, además de su tesis, en varias publicaciones, de las cuales una parte —la mayoría— estaba dirigida a un público no especializado y otra buscaba compartir sus hallazgos en el ámbito académico.

Su primera aportación en este campo fue el cuaderno de trabajo aparecido en 1974, titulado *Los grupos otomianos*, el cual ofrece una monografía organizada según los rigurosos cánones de la antropología culturalista que por muchos años campeó en la antropología mexicana. Con la bibliografía disponible en ese momento y su propia experiencia de campo, Beatriz hizo un recuento de los temas que desde entonces





guiaron sus pesquisas. En el índice de la monografía se consignan los rubros de historia, geografía, demografía, vivienda, vestido, economía, división del trabajo, comercio, organización social, religión, medicina y danza. Algunos de ellos ocuparon mayormente su atención, dejando ver su interés por ilustrar aspectos susceptibles de ser representados museográficamente, como fue el caso del vestido, las artesanías y la medicina tradicional, pero también se detuvo a describir el papel de las mujeres en la división del trabajo. El documento tenía como objetivo final servir de guión para la reestructuración de la respectiva Sala etnográfica del Museo Nacional de Antropología, cosa que no sucedería sino hasta 1999, veinticinco años después.

Luego de ese trabajo inicial, vendrían varias guías de sala y síntesis de la etnografía general otomame (Oliver 1979, 1984, 1986b y 1990) y artículos sobre temas más específicos, como días de muertos (Oliver 1975), textiles (Oliver y Salazar 1991), papel ceremonial (Oliver 1991b y 1997) y la etnohistoria de los otomíes, principalmente sobre la utilización de los recursos naturales y la circulación de los bienes a través del tributo y del comercio con la consiguiente formación de vías de intercambio (Oliver, 1988 y 2001).

Sus aportaciones más recientes, una bibliografía comentada y dos ensayos, se encuentran en prensa y fueron elaboradas dentro del marco del proyecto "Etnografía de las regiones indígenas de México en el nuevo milenio", dentro del cual al momento de su fallecimiento era responsable del estado de Hidalgo, específicamente del Valle del Mezquital.

La difusión museográfica como congruencia

El fruto de su trabajo con los otomame se reflejó, más allá de la palabra escrita, en la difusión a través de exposiciones museográficas en distintos recintos, pero sobre todo en el Museo Nacional de Antropología, donde fue curadora de la Sala de Etnografía durante 30 años.

Como curadora pugó siempre por llevar a cabo actualizaciones en la información de las cédulas de la Sala y en todo aquello que le permitió modificar la pesada estructura orgánica del Museo. Al respecto, en una visión un tanto autocrítica de las exposiciones permanentes del MNA, en una ponencia presentada en colaboración con Olimpia Farfán, expresaron la falta de vinculación entre la arqueología y la etnografía, los criterios irregulares de organización de las salas y la desvinculación de la representación de los pueblos étnicos con su historia y su contexto social (Oliver y Farfán, 1984). Sólo hasta 1999, cuando hubo la voluntad política y los recursos económicos, pudo llevar a cabo una reestructuración integral que abarcó tanto contenidos como museografía. En esta ocasión, Beatriz procuró que la exposición incluyera aspectos que antes no estaban o eran escasamente contemplados. Tal es el caso del vínculo entre los pueblos otomames prehispánicos y contemporáneos, el comercio y las manifestaciones de su profunda religiosidad.

También dentro de este mismo proyecto de reestructuración integral, llevó a cabo en colaboración, la reestructuración de la Sala Sierra de Puebla, región poblada en parte por otomíes.

Disfrutaba dar explicaciones en ambas salas, para tratar de compartir con su público sus conocimientos y la grata emoción de sus experiencias de trabajo de campo, cuando degustó con los otomíes y mazahuas los frijoles y las tortillas, aunque nunca el pulque, ciertamente.

Dentro del mismo Museo y en otros espacios museográficos realizó varias exposiciones temporales relativas a los otomames; algunos temas fueron: ofrendas de muertos, textiles y juguetes. También participó en exposiciones colectivas sobre tecnología indígena, el niño indígena, el Juego de Pelota (Oliver 1986c) y días de difuntos entre otras. Durante los ocho años de su gestión como Jefa y luego Subdirectora de Etnografía (1984-1992), se preocupó por promover las exposiciones individuales y colectivas y por buscar foros para la difusión museográfica de las investigaciones realizadas dentro de la propia Subdirección. Larga es la lista de exposiciones, muchas de las cuales se acompañaron con un folleto que ha quedado como testimonio impreso de esa labor.

Las colecciones etnográficas, una preocupación constante

La conjunción de la investigación con la curaduría le llevó a reflexionar sobre la importancia de definir criterios para la conformación de colecciones de objetos etnográficos. Desde su punto de vista, la adquisición de piezas debía

obedecer, más que a necesidades museográficas, a los resultados de investigaciones sobre los pueblos étnicos y sus cambios. Ponía especial énfasis en que dichas adquisiciones debían reflejar el entorno físico, la evolución y los avances tecnológicos ocurridos dentro de esos pueblos (Oliver y Farfán, 1984).

Desde su estatus de curadora, lo mismo que desde su posición de Subdirectora de Etnografía, también se preocupó por el bienestar de las colecciones que se resguardan en el acervo del MNA. Tomó provisiones para la adquisición de materiales importantes de los que se carecía en el Museo, para la restauración y conservación y principalmente para su documentación. Durante su jefatura prácticamente se terminó la catalogación de los objetos, iniciada por la maestra María Teresa Sepúlveda, que por años se había acumulado sin identificación en el acervo de colecciones, luego de haber sido adquiridas en trabajo de campo por numerosas generaciones de etnógrafos. El siguiente paso fue adentrarse en el todavía entonces ignoto terreno de las computadoras, para crear bases de datos con la información técnica de las piezas, así como su ubicación y estado de conservación. El resultado no fue lucidor, pero tampoco fue poca cosa: nada menos que la automatización de la identificación de los miles de objetos que conforman el patrimonio etnográfico resguardado en el Museo. Dichas bases de datos han sido el punto de partida para diversas tareas como el control de movimientos de entrada y salida de objetos seleccionados para formar parte de exposiciones temporales y permanentes en el propio Museo o en otros dentro y fuera del país. Asimismo, fueron de gran utilidad en la preparación de catálogos para el mejor control de las piezas que se encontraban expuestas en las salas.

A estas tareas concretas de protección del patrimonio cultural se sumó la de difusión de

los propios acervos, con la promoción de la publicación de catálogos de textiles, juguetes, sarapes, alfarería, cestería, etc., los cuales de alguna manera han socializado las colecciones que por razones de conservación no están a la disposición de todo el público. Tenía como antecedente el trabajo que preparó sobre materias primas e instrumentos de trabajo de alfarería, el cual se publicó ilustrado con magníficos dibujos (Oliver, 1978).

En 1989, la doctora Sonia Lombardo, en ese entonces Directora del MNA, dio prioridad al "Proyecto Catálogo" en el cual se interesó la maestra Beatriz Oliver. Como Subdirectora de Etnografía invitó a los investigadores de la dependencia a realizar los catálogos, que podían ser temáticos o por pueblos étnicos. Ella puso el ejemplo con el estudio de la colección textil otomí. Seleccionó este tema porque: los textiles que integran la colección son relevantes, ya que a través del tejido se muestran importantes rasgos culturales del pueblo otomí, como son los aportes técnicos en la manufactura con el tejido doble, el tejido en curva y el confite o realzado que se ha venido elaborando desde la época prehispánica, así como la persistencia de los diseños, en los que la armonía se manifiesta a través de la repetición de los motivos, los colores y el espacio (Oliver y Salazar, 1991: 10).

El criterio seguido fue el de incorporar en un banco de datos toda la información y publicar los datos básicos de referencia para su identificación, así como una fotografía, la cual constituye el archivo gráfico de las piezas. Los interesados podrían de esta forma consultar esta información.

El trabajo que se realizó en esos años en la Subdirección fue intenso; los que formamos parte del Proyecto hacíamos jornadas "de sol a foco" ya que empezábamos a las 9:00 a.m. pero no sabíamos a qué hora terminaríamos cada día de trabajo. En algunas ocasiones el cansancio nos

rendía, pero al ver que ella no paraba de revisar los listados tanto de materiales como de fotografías, nos obligaba moralmente a continuar con nuestra actividad. Gracias a este proceso, durante su gestión se elaboraron 18 catálogos temáticos y de salas, de los cuales se publicaron 10, pues el Proyecto dejó de tener apoyo.

Bety estaba convencida de la importancia de los catálogos, pues ellos permitían dar a conocer el contenido de los acervos a los especialistas y al público en general. Los últimos catálogos que elaboró en 2001 fueron los de las salas recientemente reestructuradas: Sierra de Puebla y la Otopame.





La docencia como segunda vocación

La docencia fue una preocupación constante para Beatriz, posiblemente porque antes de ser antropóloga fue maestra de educación primaria. Esta formación para atender a las nuevas generaciones imperó en el transcurso de su vida. En 1974, fue invitada por la Escuela de Medicina del Instituto Politécnico Nacional para impartir la clase "Introducción a la antropología"; en la Escuela de Medicina de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo impartió la cátedra de "Psicohumanística: introducción a la antropología médica"; en la Escuela Nacional de Antropología participó en cursos panel y como titular del curso "Etnografía moderna de México".

Dada su experiencia como investigadora curadora en el Museo Nacional de Antropología, la Escuela de Conservación y Restauración la llamó a impartir el curso de maestría "Técnicas y métodos de investigación" y más tarde para dirigir un

seminario destinado a estimular la preparación de la tesis en las generaciones de años anteriores.

Fuera de las aulas su vocación docente era también manifiesta: dirigió tesis, asesoró trabajos y no había alumno que se acercara que no recibiera de ella una orientación, una ficha bibliográfica o hasta un libro de los muchos que compraba duplicados. No en balde era conocida como la maestra Beatriz, o la maestra Bety, como muchos le decían.

Así como la vida académica de Beatriz estuvo marcada por el MNA, en el futuro, la historia que se haga del Museo Nacional de Antropología, en especial de la Subdirección de Etnografía, no podrá omitir la huella de Beatriz, a riesgo de cometer injusticia.

Su partida se suma a otras que en el último año han ocurrido en el Museo, pero, después de tres décadas de vida en común, la suya es la ausencia de uno de los personajes del Museo Nacional de Antropología, un valioso puntal.



BIBLIOGRAFÍA:

Farfán Morales, Olimpia, Beatriz Oliver Vega y Cristina Suárez y F.

1984 "Sala Introducción a la Etnografía", en *Salas de Etnografía del Museo Nacional de Antropología*, México, Departamento de Etnografía, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 7-16.

Horcasitas de Barros, María Luisa y Beatriz Oliver Vega

1984 "Ceremonia curativa del kex como se practica en un pueblo aledaño a Valladolid, Yucatán", en *Investigaciones recientes en el área maya. XVII Mesa Redonda. Memoria de la Mesa Redonda celebrada del 21 al 27 de junio de 1981*, t. III, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 205-212.

Oliver Vega, Beatriz y Olimpia Farfán Morales

1984 "La etnografía en el Museo Nacional de Antropología", en *Investigaciones recientes en el área maya. XVII Mesa Redonda. Memoria de la Mesa Redonda celebrada del 21 al 27 de junio de 1981*, t. III, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 497-501.

Oliver Vega, Beatriz y Lydia Salazar Medina

1991 *Textiles Otomíes. Catálogo de las Colecciones*

Etnográficas del Museo Nacional de Antropología, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Oliver Vega, Beatriz

1974 *Los grupos otomianos*, México, Sección de Etnografía, Museo Nacional de Antropología, Instituto Nacional de Antropología e Historia (col. Cuadernos de Trabajo, Técnicas, 2), 84 pp.

1975 "Día de muertos en un poblado otomí", en *Ceremonias de días de muertos*, México, Sección de Etnografía, Museo Nacional de Antropología, Instituto Nacional de Antropología e Historia (col. Cuadernos de Trabajo, Técnicas, 4), pp. 11-23.

1978 *Vocabulario de materias primas, instrumentos de trabajo y proceso de manufactura en la alfarería contemporánea*, Dibujos de Eduardo Hernández, México, Sección de Etnografía, Museo Nacional de Antropología, Instituto Nacional de Antropología e Historia (col. Cuadernos de Trabajo, Técnicas, 5), 148 pp.

1979 "Sala de los Otomies", en *Una visión del Museo Nacional de Antropología*, México, Instituto Nacional de Antropología, pp. 163-171.

1984 "Sala Los Otomianos", en *Salas de etnografía del Museo Nacional de Antropología*, México, Departamento de Etnografía, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 47-55.

1986a "Sala 8. Mayas de Tierras Bajas", en Caroline Baus et al., *Guía oficial. Museo Nacional de Antropología*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/ Salvat, pp. 191-197.

1986b "Sala 4. Otomianos", en Caroline Baus et al., *Guía oficial. Museo Nacional de Antropología*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/ Salvat, pp. 155-161.

1986c "El Juego de Pelota en la época actual", en *El Juego de Pelota. Una tradición prehispánica viva*, Catálogo de exposición, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/ Sociedad de Amigos del Museo Nacional de Antropología, pp. 37-42.

1986d "Una visión del culto a los muertos", *Los días de muertos. Una costumbre mexicana*, México, G.V. editores, pp. 7-8, 17-19.

1988 "La utilización de los recursos naturales entre los mazahuas del siglo XVI", en *La tecnología en las sociedades tradicionales*, México, GV editores, pp. 15-29.

1990 "Los Hñahñu", en *La exposición de la civilización maya*, Tokio, edición en japonés, pp. 171-172.

1991a *Tributo y encomienda entre los mazahuas del siglo XVI*, Tesis de maestría, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 291 pp.

1991b *Papel amate*, México, Gobierno del Estado de Puebla (Lecturas Históricas de Puebla, 68).

1993 "La etnografía y la documentación de bienes etnográficos", en *Memorias del simposio Patrimonio, Museo y participación social*, celebrado del 28 de mayo al 2 de junio de 1990, México, Instituto Nacional de Antropología (Col. Científica, 272), pp. 229-34.

1995a "Las colecciones etnográficas, patrimonio presente", en *El patrimonio sitiado. El punto de vista de los trabajadores*, México, Delegación DII-IA-1, Sección x del SNTE, pp. 295-304.

1995b "Fiestas de muertos en el tiempo y el espacio sagrado y profano", en *Cuando aparecen las mariposas. Etnografía sobre la muerte en algunos lugares de México*, México, Subdirección de Etnografía, Museo Nacional de Antropología e Historia, pp. 3-14.

1997 *Papel ceremonial entre los otomies*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Catálogo de las Colecciones Etnográficas del Museo Nacional de Antropología), 102 pp.

2001 "Del bosque a la Triple Alianza. Haciendo caminos al andar", en *Antropología e historia mexicanas. Homenaje al maestro Fernando Cámara Barbachano*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 283-293.



¡Beaaaatriz!

Olimpia Farfán Morales
Centro INAH-Nuevo León



Para los que a causa del terremoto de 1985, ocurrido en la Ciudad de México, tuvimos que emigrar y ausentarnos de ella para empezar una nueva vida en otra ciudad, ha sido muy importante conservar la amistad de quienes compartieron con nosotros momentos inolvidables que marcaron nuestras vidas.

Conocí a Beatriz en 1975 y durante varios años realizamos muchas actividades, proyectos y salidas al campo en el entonces Departamento de Etnografía del Museo Nacional de Antropología. Pero, por razones personales, a partir de 1985 tuve que radicar en Monterrey, Nuevo León. Al regresar por estancias cortas al Distrito Federal, supe lo difícil que es volver a encontrar la cordialidad de los amigos; hay varios obstáculos que se interponen en el intento de reunirse nuevamente, como la distancia, el cambio de intereses, o de parejas, las disputas, en fin, no se pueden retomar las cosas donde se dejaron. La ciudad tampoco es la misma y cada vez que regreso me pregunto: ¿dónde quedó aquel café?, ¿aquellos salones de baile, el bar, el cine?, y ¿cuándo cambiaron la Diana?

Pero estos 17 años fuera de la ciudad capital me han enseñado que las verdaderas amistades no cambian: resisten el paso del tiempo y la lejanía. Cada vez que regresaba, aunque fuera por un solo

día, Beatriz tenía tiempo para encontrarme; de esa forma siempre me demostró su amistad. Ella era muy generosa con sus conocimientos, compartía conmigo el hallazgo o la lectura de un nuevo libro o los comentarios sobre una buena película, en esas pláticas en las que disfrutábamos de una buena comida y un café. También hacíamos planes para el futuro, ella siempre estaba iniciando una nueva actividad o un nuevo proyecto, preparando el coloquio otopame, investigando para el proyecto de etnografía de las regiones étnicas, reestructurando una nueva sala de exposición, tomando un diplomado, revisando una tesis o dictaminando un trabajo a los que se refería con singular entusiasmo.

Algunas veces recordábamos nuestras caminatas por los pueblos nahuas, mazahuas y otomíes en busca de la información para su trabajo de cerámica indígena o recabando objetos etnográficos para incrementar el acervo del Museo de Antropología o para registrar alguna fiesta. A ella no la detenía la falta de vehículo o de viáticos, ni las inclemencias del tiempo; en broma le decíamos: Beatriz, ¿estás salvando la etnografía!

Ahora que repentinamente se fue, muchas anécdotas han llegado a mi memoria de esas temporadas de trabajo de campo; de todas me gustaría recordar dos de ellas. Una





ocurrió en un pueblo otomí del Valle del Mezquital en Hidalgo. Un día caminábamos hacia uno de los pueblos de la región y el hambre y la sed nos agobiaban, nuestra salvación fue llegar a una casa donde nos ofrecieron tortillas recién salidas del comal con una salsa de molcajete; Beatriz comió como nunca.

En otra ocasión llegamos a una población en Atla, Puebla; los dueños amablemente nos invitaron a pasar a la casa, pero al entrar y acercarnos a la vivienda, de pronto se precipitaron en contra de nosotras unos esponjados, ruidosos y enardecidos guajolotes; ante tan furioso ataque regresamos velozmente, saltando todos los obstáculos que encontramos en nuestro camino, para trasponer los límites de la propiedad; fue hasta entonces que terminó nuestra enloquecida carrera. Ya a salvo, nos invadió la risa por varios minutos, la cual no podíamos contener cada ocasión que mencionábamos tan jocosa experiencia. Así alegre, me gusta recordarla.

A pesar de que por nuestro trabajo cada año reflexionamos sobre la muerte, porque registramos las fiestas dedicadas a los muertos, realizamos entrevistas, tomamos fotografías, elaboramos un artículo y con entusiasmo montamos altares para los muertos, que adornamos con flores, velas y comida, la muerte de Beatriz nos sorprende y desconcierta, quizá porque pensamos que siempre y en cualquier circunstancia contaríamos con ella.

Es triste para muchos amigos de Beatriz saber que ya no podremos disfrutar más su amable compañía. A mí en lo personal, me es

doloroso saber que ya no voy a escuchar su voz para contarme cosas de su vida o platicarle algo de la mía y me entristece pensar que cuando vuelva al Distrito Federal no la voy a encontrar más. Sólo me queda el consuelo de recuperarla por algunos momentos, al recordarla en las conversaciones de las personas que la conocieron y la apreciaron, por lo que hoy tengo la certeza de que estaré con ella "...allí donde se reúnen (las mujeres y) los hombres muertos: en los labios de los vivos".

¡Beaaatriz!, así le llamaba su papá cuando yo le hablaba por teléfono y así le decía yo cuando hablaba con ella.

¡Adiós Beatriz, fue muy grato contar con tu amistad durante 27 años!



Siguiendo la huella de los pames

Dora Sierra Carrillo
Dirección de Etnohistoria-INAH



Todo estaba listo para salir a San Luis Potosí; Beatriz Oliver planeó el trabajo de campo para recorrer algunas poblaciones del área habitada por el grupo pame en la zona montañosa del estado; en este viaje le acompañaríamos Cristina Suárez y yo.

El criterio que prevalecía en los años ochenta en la Subdirección de Etnografía era que los investigadores procuráramos viajar acompañados con algún colega. El trabajo específico de la curaduría así lo requiere: hacer observaciones y entrevistas, adquirir material etnográfico, catalogarlo, tomar fotografías, hacer grabaciones, etc., de manera que el apoyo de un compañero es sumamente necesario para llevar a cabo todas estas actividades y para compartir puntos de vista sobre los aspectos observados.

Recuerdo que la vitalidad de Bety —como cariñosamente la llamábamos— era evidente; por ello se dirigió a nosotras y nos dijo: “vamos a hacer un recorrido muy pesado, en una región que está viviendo algunos conflictos políticos; espero su colaboración y que ‘aguanten todo’”. Cristina respondió: “no te preocupes, que yo no me canso, aunque sí me da un poco de miedo la situación que se está viviendo allá”; yo por mi parte le expresé: “a mí eso no me causa temor, pero yo te advierto que sí me canso mucho”; las tres nos reímos del equipo de trabajo tan equilibrado que formábamos.

Por la mañana emprendimos el viaje a la ciudad de San Luis Potosí; sería el punto desde donde saldríamos a recorrer las poblaciones de mayor interés. Una vez instaladas y siguiendo el rigor académico que caracterizaba a Beatriz Oliver, planeamos un recorrido por los sitios más importantes de la capital potosina: el Palacio de Gobierno, edificio de fachada estilo neoclásico, cuya construcción se inició a finales del siglo XVIII; la Catedral, la Plaza de los Fundadores —en este sitio, en 1583, un grupo de españoles y guachichiles fundaron el poblado de San Luis—; la Biblioteca Universitaria, que contiene el acervo documental más importante del estado y el Museo de la Máscara, donde por cierto metimos “nuestra cuchara” señalando datos erróneos que había en unas cédulas.

Posteriormente, nos dirigimos al Centro Regional del INAH; ahí, Patricio Dávila y Diana Zaragoza nos dieron una cordial bienvenida y nos pusieron al tanto de las investigaciones que se realizaban en esa dependencia.

Al atardecer, saboreando unas ricas enchiladas, se decidieron los lugares a visitar: iríamos a la región serrana de la entidad, primero al municipio de Río Verde, luego a Cárdenas y de ahí partiríamos a Ciudad del Maíz.

En la primera población, estableceríamos contacto con la gente del Instituto Lingüístico de Verano, que por cierto nunca nos recibió; no sé qué habrán pensado que íbamos a investigar. Además, era tiempo de lluvias y de votaciones; la propaganda de los partidos contendientes invadía las calles y las bocinas y los megafonos se escuchaban por todas partes. De manera que el ambiente en esa población se sentía muy pesado.



Cuando quisimos visitar las oficinas del INI que se encontraban fuera del pueblo, nos advirtieron que si veníamos de la Ciudad de México, como "rojillas" a causar problemas, mejor sería que nos regresáramos. Con la seguridad y el arrojo que siempre caracterizó a Beatriz, pero consciente de que éramos un equipo, nos propuso tomar una decisión conjunta (la cual, por supuesto, sería respetada sólo por Cristina y por mí, porque sabíamos que Bety "de todos modos sí iría"). Así que ahí vamos las tres en una camioneta que sólo nos acercó al lugar; el chofer no quiso llegar hasta el Centro INI, no sé por qué, así que nosotras lo hicimos caminando.

Al llegar el director ya nos esperaba; según él sabía que veníamos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia y que nuestra visita tenía fines políticos, por lo que nos recibió con frialdad y descortesía. Una vez más Beatriz demostró su profesionalismo y le explicó con seriedad y paciencia el objetivo de nuestro trabajo, presentando las cartas que nos acreditaban como investigadoras del Museo Nacional de Antropología. La actitud del hombre cambió y nos permitió el acceso al material bibliográfico y etnográfico de los pames. Rápidamente nos pusimos a elaborar la relación de las publicaciones y de los objetos etnográficos que íbamos a adquirir.

También nos sugirió viajar a Cárdenas y de ahí tomar un transporte a Ciudad del Maíz, donde podríamos observar más ampliamente la cultura pame. Dejamos Río Verde y en un maltrazo camión de pasajeros nos dirigimos a Cárdenas; ahí nos presentamos con las autoridades municipales y fue el propio presidente municipal

quien nos desanimó a continuar el viaje a Ciudad del Maíz; nos dijo que había diversos problemas en la comunidad, por lo que no consideraba prudente ni oportuno que fuéramos tres mujeres solas; además, el camino no estaba en buen estado y los autobuses que prestaban el servicio se encontraban en pésimas condiciones. De manera que no era recomendable seguir con el viaje planeado.

Ante esa situación nuestra primera respuesta fue el silencio; hubo un tiempo en que no dijimos nada las tres; después Beatriz se levantó y nos dijo: "ustedes pueden quedarse, no tienen por qué seguir arriesgándose conmigo, me voy sola a Ciudad del Maíz, quiero conocer esa comunidad pame y voy a tomar el primer camión que salga para allá, no pienso regresar a México sin haber logrado mi propósito".

Nuestra primera reacción fue detenerla y así lo hicimos Cristina y yo; la llevamos a una banca del parque y ahí le hicimos ver los riesgos a los que se iba a exponer, que entendiera que no era el momento oportuno de hacer ese viaje; habría que planearlo mejor para una fecha posterior y sobre todo, establecer contactos con gente de esa comunidad para llegar con más confianza y seguridad.

La discusión estuvo fuerte, recuerdo que ella se molestó mucho con nosotras. Fue un momento muy difícil en el que tuvimos que poner los pies en la tierra y tomar decisiones sensatas, dándole un justo valor a la vida, al trabajo y a la amistad.

Todavía no sé si Cristina y yo tuvimos razón, pero Beatriz aceptó —un tiempo después— que el no dejarla subir al camión fue un acto de preocupación y cariño hacia ella, que para nosotras era más importante su seguridad y su bienestar. Cuando regresamos a la Ciudad de México, las tres veníamos pensando en silencio: ¿qué hubiera pasado si los planes no hubieran cambiado?

Por mucho tiempo, las tres recordamos esta valiosa experiencia y Cristina y yo sonriendo le hacíamos la broma: "mira Bety, ahí viene un camión que va a Ciudad del Maíz, ¡súbete!".



Reestructuración de las salas otopames y Sierra Norte de Puebla del Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México

Lilia Weber
Dirección General de Artes Plásticas/UNAM



Dentro de la primera etapa de la reestructuración de las salas del Museo Nacional de Antropología, me correspondió el honor y la responsabilidad de llevar a cabo el proyecto de la Sala de los Otopames y posteriormente de la Sala Sierra Norte de Puebla. La maestra Beatriz Oliver Vega, especialista en estas áreas, fue a su vez la responsable del guión museológico y las curadurías correspondientes.

Para poder presentar una exposición, en este caso una Sala, la de los otopames, con temas específicos representados con las colecciones que la Subdirección de Etnografía posee, era necesario en primer lugar que investigadora y museógrafa invirtieran el tiempo necesario para poder adentrarse en el guión museológico, conocer y comprender las ideas de la curadora y así iniciar las propuestas del proyecto museográfico, mismas que se evaluarían, discutirían y afinarían hasta llegar a la aceptación del mismo.

La maestra Oliver, con un gran conocimiento y dominio del tema, durante estas reuniones explicaba sus puntos de vista, expresándolos con un entusiasmo que contagiaba a los que con ella trabajábamos, haciéndonos partícipes de su experiencia.

Las diversas responsabilidades que Beatriz Oliver tenía aparte de este proyecto, como investigaciones de campo, seminarios, dirección de tesis, etc., que absorbían más tiempo del que ella hubiera deseado, no fueron motivo para evitar que estuviera presente siempre que se le requiriera, encontrando formas para compaginar esta nueva responsabilidad con el exceso de trabajo acumulado.

Su disposición para llevar a cabo visitas a diversos lugares, así como acceder a diferentes archivos fotográficos para seleccionar imágenes con el fin de trabajar ambientaciones, audiovisuales, interactivos y lo referente a las mismas instalaciones, fue básica, debido a su capacidad de comprensión y aceptación de las sugerencias que se le presentaban; siempre se contó con su entusiasta colaboración, enriqueciendo día a día el trabajo con su anuencia e ideas al proyecto.

En este punto, se debe de hacer notar que en general, no es fácil que el curador tenga la flexibilidad necesaria para aceptar el criterio de museógrafo, respecto a la selección de los materiales que se van a exponer; me refiero específicamente a la parte estética de los mismos para el montaje de vitrinas o ambientaciones, actitud que en ella fue positiva, llegando al final a un sano equilibrio dentro de ambos criterios.

El don que tuvo para tratar a las personas, tanto a las que trabajamos con ella, como aquellas a las que tenía que acercarse en las poblaciones indígenas para obtener la información que sus investigaciones de campo requerían, lo desarrolló con gran calidad humana y con la mayor delicadeza y prudencia, obteniendo la confianza del entrevistado.

La entrega de sus textos e información fue puntual; su capacidad para explicar los temas que tenían que presentarse en la Sala fueron abordados con sencillez y objetividad, logrando plasmarlos en un lenguaje llano y de fácil entendimiento para el público en general. La acuciosidad en su trabajo fue una constante a lo largo del desarrollo del proyecto, haciéndose notorio



en todas las actividades; tanto así, que la Sala tuvo especiales elogios de etnólogos extranjeros, asistentes a un congreso, quienes dentro de su programa de actividades asistieron a visitar las nuevas salas del Museo, unos días antes de su inauguración. Su comentario se refirió al excelente concepto general, a la calidad de la presentación de contenidos, textos explicativos, así como la técnica con la que se logró montar la Sala Otopame.

La segunda etapa de la reestructuración del Museo Nacional de Antropología nos involucró a la maestra Beatriz Oliver y a la que esto escribe en el Proyecto de la Sala Sierra Norte de Puebla como fue mencionado anteriormente. Como trabajos previos, era necesario restaurar la mayor parte de los objetos que habían sido expuestos tiempo atrás, así como obtener diversos trajes tanto para danzas indígenas como trajes de uso cotidiano y festivo, objetos diversos que no existían en las colecciones o que estaban demasiado deteriorados.

A su vez se contaba con pocas imágenes e información en determinadas áreas, por lo que la maestra Oliver Vega tuvo que programar diferentes salidas de campo para obtener el material necesario para los audiovisuales y fotografías diversas para las diferentes ambientaciones que se presentarían.

Esta labor tan complicada por la cantidad de personas especializadas que se requería que viajaran con ella —como productores de videos para levantar las imágenes de las diferentes actividades que en esta región hacen los indígenas, como son las diferentes técnicas de bordados y telares diversos, mismas que desafortunadamente ya están desapareciendo— fue posible dada la capacidad de concertación, organización y conocimiento de la maestra para poder llegar a estos lugares tan alejados, con la parafernalia de todo tipo de cámaras y que los indígenas permitieran a su vez se les grabara; fue una verdadera proeza llevada a cabo por la capacidad de Beatriz Oliver.

Respecto a los maniqués que se planeaba incorporar en esta ocasión, en la Sala Sierra Norte de Puebla se decidió que éstos se producirían con rostros realistas, por lo que era necesaria la obtención de las “máscaras” de los personajes que se iban a representar. Para llevar a cabo esta tarea un equipo especializado viajó a la región. Poder convencer a personas, tanto hombres y mujeres jóvenes y de edad avanzada, así como a niños, para obtener el registro de su rostro en una máscara, actividad nada fácil de ser aceptada por cualquier persona, por todo lo que este trabajo implica —entre otros, la inmovilidad durante el tiempo que requiere el material para que fragüe—, sólo se puede concebir como obra de una persona con gran capacidad de convencimiento, gracias a la confianza que ella despertó en los involucrados, además de poder concertar todas estas actividades, las que se antojan imposibles de llevar a cabo y que sin embargo llegaron a feliz término.

Sólo me resta agradecer el haber tenido la oportunidad de estar presente en cada una de las actividades anteriormente descritas al lado de la gran maestra Beatriz Oliver Vega, investigadora de profundos conocimientos, a quien siempre recordaré con gran respeto, admiración y cariño.



Querida Bety:

María Olvido Moreno Guzmán
ITESM



No sé si te has dado cuenta de que siempre que nos encontramos en espacios no propicios que puedan inspirar una conversación más personal e invariablemente hablamos de cuestiones de trabajo, de nuevos proyectos o de la vida académica, pero en realidad nunca te he dicho lo mucho que te quiero y admiro y los grandes recuerdos que atesoro de nuestra amistad, que gracias a los documentos oficiales que comprueban un currículum, puedo afirmar data desde 1988, cuando yo me incorporé por primera vez al Departamento de Restauración de nuestro queridísimo Museo Nacional de Antropología.

En esa época, estaba muy reciente el gran robo a las salas de arqueología de la Navidad del 1985; teníamos el compromiso de custodiar la colección de la exposición temporal "Indumentaria tradicional guatemalteca" con más de dos mil piezas. La museografía estuvo a cargo de Mario Vázquez y presentaba una exhibición sin vitrinas, lo que nos obligó no solamente a mantener un clima estable dentro de las salas, sino a incorporar en cada pieza un sistema de seguridad que se tenía que cortar, armar y coser con todo cuidado en un lugar no visible a cada prenda, en un corto tiempo. Tu compañía y solidaridad en esta actividad durante las desveladas y los fines de semana hicieron posible que se terminara a tiempo el trabajo, el cual en realidad no era tu responsabilidad directa, pero tu preocupación por la protección de las colecciones y compromiso profesional fue lo que dio oportunidad a empezar a conocernos.

En esa misma época, me invitaste a intervenir en una de las colecciones más ricas de la bodega de etnografía, la de "panes y dulces" de altares y ofrendas de muertos. En realidad tu preocupación nació de ver cómo esas "esculturas comibles" se estaban perdiendo poco a poco y saber al mismo tiempo que ya no se hacen más. Sirenas, jinetes, alegres niños, damas de elegantes sombreros, venados y ciervos de grandes astas, entre muchos otros motivos, fueron tratados. Recuerdo perfectamente bien cuando en el taller de conservación inyectábamos los consolidantes y nuevamente tu preocupación, pero ahora porque las personas no se fueran a comer estas antojables piezas, pues sabías que algunas veces en las exposiciones del mes de noviembre las frutas, los dulces, los

panes, los cigarros, las tortillas, uno que otro objeto, desaparecían. Recuerdo que me decías: "es lo que los muertos les ofrendan a los vivos".

A partir de estas experiencias del Museo Nacional, es que años más tarde me ayudas no sólo como amiga, sino también como asesora y curadora de una serie de exposiciones con temas etnográficos para el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Estado de México, de las cuales han destacado dentro de sus eventos culturales "Arte plumario mexicano", "En México hasta la muerte es dulce", "Muerte en Oaxaca" y "Cosmogonía maya". Déjame decirte que son exposiciones que la comunidad de docentes, estudiantes, trabajadores y directivos de esta institución recuerdan gratamente. Si bien la museografía estaba a mi cargo, por supuesto que el éxito se debía a tus conocimientos de estos temas, por lo cual te doy una vez más las gracias... ¿Te acuerdas de las caritas de los estudiantes viendo nuestras exhibiciones, el altar de las aves difuntas, las estrellas de lámina repujada?

Algunas veces terminábamos de color cempaxóchitl; deshojar cientos de flores era mucho trabajo, pero Bety, verte repartir los pétalos era un placer, lo disfrutabas tanto, marcando perímetros y haciendo los caminitos bonitos, caminitos que todos hemos de recorrer. Un recuerdo grotesco es el de nuestras "fachitas" cuando fumigábamos las bodegas; las batas, guantes,

goggles y mascarillas eran incómodas, pero necesarias. La aventura iniciaba desde hacer la campaña de seguridad para todos los trabajadores del Museo, retirar los alimentos y salvar la vida a los gatos de los jardines. Los olores bastante molestos y las horas de sellado, colocación de pastillas, control de niveles de humedad, etc., juntaban el cansancio con el hambre, y la recompensa de cenar "taquitos" contigo en Polanco era muy agradable. ¿Sabes por qué?, porque me encantaba que me platicaras de tus experiencias en campo y en el Museo.

Pero fuera de todas nuestras etnoaventuras, posiblemente algo de lo más divertido sean los recuerdos de la alberca de la YMCA de Ejército Nacional. Siempre la natación ha sido una de tus grandes inquietudes. De este asunto te tengo que pedir una disculpa, pues la verdad es que cuando yo llegaba al agua, tú dejabas la rutina de entrenamiento porque yo solamente te empezaba a platicar, te interrumpía, y siempre amablemente me seguías la conversación. Te he de confesar que mi condición sigue siendo de cero. Espero poder llegar algún día a nadar como tú.

Bueno, querida Bety, ya me tengo que ir a trabajar, luego seguimos platicando de nuestros recuerdos juntas.

Te quiero mucho.
La Osa.



Beatriz Oliver como sujeto participante en la estructura del Museo como unidad científica y educativa

Marcia Castro-Leal Espino
Museo Nacional de Antropología-INAH



Para apreciar correctamente el desarrollo profesional de una persona hay que contemplar desde una amplia perspectiva el horizonte en el cual se aprecie el encadenamiento de acciones realizadas que, finalmente, conformarán el sentido de su vida. La presencia de Beatriz Oliver dentro del Museo Nacional de Antropología nos hace percibir sus acciones no únicamente como investigadora-curadora sino, especialmente, como autoridad del área de etnografía de 1983 hasta 1991, ya que todas ellas forman una serie que incluye tanto su construcción cotidiana en las soluciones ante los problemas o propuestas que se presentan en forma continua a lo largo de los días y cuya concatenación crea un resultado de gran densidad profesional como otras que forman las decisiones y proyectos relacionados con el concepto de la función del Museo y de su complejidad como centro de investigación, conservación, difusión y educación de la antropología concebida dentro de la tradición mexicana como unidad integrada por todas sus ramas, así como el conservar el valor de la etnografía en el conocimiento, análisis y difusión de los grupos indígenas del México actual.

Además de las acciones existen otros rasgos que son indicios psicológicos que denotan el carácter de un personaje; ningún rasgo es insignificante, cada uno recibe su autoridad del conjunto de ellos y de su contexto. En el caso de Beatriz, su actitud era consistente y discreta manifestando que lo valioso era el tomar decisiones importantes sin ostentarlas ni presumir por ello. Estas decisiones se hacen obvias al recorrer los trabajos y proyectos realizados en su jefatura y, después de ella, el permanecer como investigadora-curadora de los otomianos.



La conducta profesional de Beatriz, sin duda, fue en parte producto de las anteriores generaciones de antropólogos, como la que participó en la creación del nuevo edificio del Museo en Chapultepec, entre los que estaban algunos de sus maestros como Fernando Cámara, quien también fue jefe de etnografía y había participado activamente en la divulgación de los materiales etnográficos, no únicamente dentro del museo sino fuera de él, ya que tenía como meta establecer un "...intento de diálogo permanente y de educación por siempre, particularmente diseñado para la población rural, y ofrecido para aquellos habitantes marginados quienes, apenas ahora, comienzan a relacionarse y conocer a otros mexicanos" (Ortiz, M. Difusor de la antropología, 2001:35). Lo anterior trató de realizarlo en su proyecto de museo rodante o "Museo sobre rieles"; tratábase de un carro de ferrocarril que viajó de 1973 a 1976 por toda la República llevando una exhibición de etnografía con la finalidad de crear, en las diferentes comunidades a las que llegaba, "clases en vivo", ya que en él la función educativa continuaba siendo una de las principales de los museos de antropología e historia del INAH.

La construcción del Museo en Chapultepec puede aceptarse como un acontecimiento clave dentro de la educación y cultura mexicanas, ya que además de su extraordinaria creación, se ubicaba en un área más accesible a grupos distintos de los que frecuentaban el viejo edificio de Moneda 13; a sus constructores se les puede considerar como transformadores de la conciencia colectiva, es decir, generadores de nuevas generaciones, generaciones marcadas por el Museo Nacional de Antropología, ya que además de haber estado en él durante varios años la Escuela Nacional de Antropología e Historia, su función de educación infantil, con la que cumple en forma efectiva, se ha cubierto explicándoles las salas a grupos escolares de cientos de miles de niños, entre los cuales sin duda queda, en el interior de su espíritu, una visión más completa de México.

Establecer lo característico de una generación es reconocer, en una retrolectura, los



fenómenos socioculturales y las discontinuidades cualitativas, así como la construcción de unidades constitutivas diferentes, y cómo estas unidades están parcialmente formadas por una multitud de actos de adhesión por parte de los sujetos a la búsqueda de su identidad y de un "sentido de la historia".

Sin embargo, la importancia de los museos de antropología no ha sido un tema únicamente mexicano; antropólogos famosos de otros países también tienen el mismo principio, como sucedió en el caso de Claude Lévi-Strauss, quien señaló que los museos de esta disciplina tienen como una de sus finalidades educar y preparar a los nuevos investigadores, ya que el conocimiento de los materiales que están dentro de ellos constituye una experiencia de tal riqueza que no debe ser subestimada. Explicaba que a esto se debía el que el Instituto de Etnología de la Universidad de París considerara tan importante la hospitalidad que le brindaba el Museo del Hombre; afirmaba que la evolución de la antropología como ciencia debe buscar profundizar en la reflexión sobre su objeto y, como afinación de sus métodos, debe restablecer el contacto con las sociedades que produjeron los objetos exhibidos. Así, la función de estos museos no puede tratarse únicamente de recoger objetos y exponerlos, sino también y sobre todo, de comprender a los hombres que los construyeron y analizar, así como describir, su forma de existencia.

El repaso, por supuesto no total ni detallado, del trabajo de Beatriz como cabeza del área de etnografía hará surgir sus méritos y aciertos. Entre ellos se encuentra el proyecto de la creación de la Sala Nahuatl, la cual se realizó con la investigación y trabajo de campo respectivo de cada uno de los investigadores que estuvieron a cargo de cada grupo nahua que habitaba los diferentes estados de la República que correspondían a su curaduría. El trabajo de campo fue

de gran riqueza, ya que hubo la adquisición 1150 piezas; finalmente se inauguró el 21 de septiembre de 1984.

Así, durante el año de 1984 las actividades de difusión del Museo eran intensas; hubo 156 conferencias que se impartieron, todas ellas tenían relación directa con los temas expuestos en las salas o con las exposiciones temporales, pero gran parte de ellas se relacionaron con la presentación de la nueva Sala Nahuatl. Su amplio ciclo fue de 31 conferencias con el tema de la "Etnografía de los nahuatl actuales" que se ofrecieron al público con amplias exposiciones sobre todos los temas antropológicos e históricos relacionados con ellos, como la lingüística, la etnohistoria, la arqueología, la religión, los nahuatl en la época colonial, entre otras, así como la presentación, por parte de los curadores respectivos, de todos los grupos nahuatl que existen en las diferentes regiones de la República Mexicana.

Ya que en 1984 se cumplían, el 19 de septiembre, veinte años de la inauguración del edificio de Chapultepec, se realizaron eventos especiales y durante los meses de octubre a diciembre el área de etnografía presentó un ciclo de siete conferencias con el tema "Los indígenas, ecología y plantas ceremoniales".

Además, ese año el Departamento de Etnografía presentó también el ciclo de "Carnavales, mercados y ferias anuales" que trataba sobre la presencia y ejecución de los primeros en las distintas regiones indígenas del México actual. Y para fines del año, ya que es una fiesta de gran importancia, el ciclo "Días de muertos" que informaba sobre todas las ceremonias que se llevan cabo en distintos lugares de la República.

Por otra parte, en ese momento se trató de establecer una relación más estrecha entre las dos secciones de investigación del Museo y realizar proyectos conjuntos. Así en el ciclo de conferencias "Visite el museo con nosotros", los curadores-investigadores de cada una de las salas dábamos la visita a cada una de ellas y siempre los programas estaban alternando entre una de arqueología y otra de etnografía; en total fueron dos ciclos de 23 conferencias, cada uno de las cuales la mitad era para las de arqueología y la mitad para las de etnografía.

Esta unión y alternancia en las actividades del Museo entre la sección de arqueología y la de



etnografía se manifestaba también en las "Piezas de mes" en donde por ejemplo, después de una relacionada con una lápida maya recuperada por la Secretaría de Relaciones Exteriores siguió la del "Cactus mágico de los huicholes", entre otras más de etnografía, como lacas de Guerrero, sarapes, cobijas y cotones entre los grupos indígenas de México, máscaras de finales de siglo de la donación Cordry al Museo Nacional de Antropología, Día de muertos en Cuilapan de Guerrero, Oaxaca y finalmente un Nacimiento en San Antonino, Oaxaca.

La investigación fue una de las áreas que Beatriz Oliver

fomentó y dirigió como consta en la creación de la nueva Sala Nahuatl que se trabajó ampliamente en su momento, así como el impulsar y apoyar el que cada curador tuviera un proyecto de investigación sobre temas relacionados con su Sala.

Entre ellos hubo: "Los nahuatl en la cuenca sur del Valle de México", "Curanderismo y religión en la Sierra Norte de Puebla", "Encomienda y tributo entre los mazahuatl del siglo XVI", "Cien años de etnografía en el Museo Nacional", "El trabajo de la palma en tres comunidades de la mixteca", "La Hacienda volante", "Las mujeres nahuatl de Zongolica, Veracruz"; algunos de ellos conformaban las tesis de los curadores.

El Museo, como parte del INAH, tenía proyectos con otros departamentos o direcciones, especialmente Etnografía participaba en el "Atlas etnográfico" que inició el DEAS, trabajando grupos como los mazahuatl de Efraín Cortés, los grupos del Noroeste de Donaciano Gutiérrez, los nahuatl de la Sierra de Zongolica de Cristina Suárez en tanto que sobre los otomíes tanto de Puebla como del Mezquital era el proyecto de Beatriz Oliver.

Durante el año de 1986 se presentaron en Etnografía tres proyectos que fueron "Balance y catalogación", "Reestructuración de salas y el tercero que era mancomunado con Arqueología y presentaba por primera vez, tanto los datos arqueológicos como etnográficos de "El Juego de Pelota: una tradición prehispánica viva", que constituyó una magnífica exposición así como un catálogo excepcional, todo ello acompañado de presentaciones del Juego de Pelota en las comunidades indígenas actuales.

Así, para continuar esta visión de cómo algunas tradiciones prehispánicas sobrevivían en el México actual se propuso iniciar una serie de

“Piezas del mes” con publicaciones pequeñas que se llamarían “Cómo se hizo y cómo se hace” en las cuales se presentarían algunos procesos artesanales o tecnológicos tanto del México prehispánico como de los grupos indígenas actuales.

Las exposiciones propuestas para 1986 eran: “Máscaras y carnaval”, “La Cruz del Milagro”, “El arte huichol”, “Ritual agrícola maya”, “La Colección Cordry”, “Días de muertos”.

Además, cada investigador tenía su proyecto individual relacionado con su Sala: purépechas, otomianos, mayas peninsulares, zapotecos y mixtecos, mayas de tierras altas y grupos del Noroeste. Su preocupación sobre la actualización y las aportaciones de los trabajos recientes decidió a Beatriz Oliver, presentar el proyecto de un seminario interno sobre teorías y corrientes de la etnografía, así como también el de reestructuración de las salas y finalizar el inventario y avalúo de las Colecciones Etnográficas iniciado desde 1985. El trabajo de campo de los diferentes curadores-investigadores tenía, entre otras finalidades, la del “Rescate etnográfico”, único proyecto de este tipo dentro del INAH y de México. Pero la adquisición de nuevo material etnográfico estaba acompañada de la investigación del grupo de donde se obtenía. Otros proyectos fueron los de fotografiar todas y cada una de las secciones de las salas para elaborar nuevos catálogos, así como la elaboración del Catálogo General de la Fototeca que, sin duda, es una de las mejores del INAH.

Hemos repasado algunas de las acciones que llevó a cabo Beatriz Oliver como autoridad y como investigadora-curadora del área de etnografía del Museo, todas ellas seguían el principio de que la investigación, la difusión, la conservación y la educación era el núcleo constitutivo del Museo Nacional de Antropología. Considero que Beatriz no sólo cubría con sus actos la tradición de la antropología mexicana, sino también respondía a su espíritu profesional y como mexicana.

Coyoacán, abril 2002



BIBLIOGRAFÍA:

Barba de Piña Chán, Beatriz, Catalina Rodríguez Lazcano, Luis Berruecos Villalobos y Luis Barjau Martínez (comps). 2001 *Antropología e historia mexicanas. Homenaje al maestro Fernando Cámara Barbachano*, México, INAH (col. Científica 408).



Abriendo fronteras académicas. Quién era para mí la maestra Beatriz Oliver Vega

Beatriz Moreno Alcántara
Coordinación Nacional de Antropología (INAH)



Desde que conocí a la maestra Beatriz Oliver Vega en 1990, estuvo relacionada en mi formación profesional, ya sea directa o indirectamente, trabajando con ella o con investigadores con quienes tenía relación personal y profesional. Mi relación con la maestra se fue dando circunstancialmente, el tiempo haría su trabajo y se fue plasmando en el reconocimiento mutuo de responsabilidad y compromiso en los diferentes proyectos en que participamos.

Conocí a la maestra cuando me encontraba en el quinto semestre de la licenciatura de etnohistoria, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Dos amigas y yo buscábamos un lugar adecuado a nuestros intereses para realizar el servicio social, pensamos que el Museo Nacional de Antropología era una buena opción. Por recomendación de la Oficina de Servicio Social del Museo Nacional de Antropología, llegamos a la Subdirección de Etnografía, de la cual en ese momento ella era Subdirectora; desde

el primer momento su recibimiento fue amable y con disposición a apoyarnos en la realización del mismo. Al final de la entrevista, habíamos sido asignadas a colaborar con los investigadores de la Subdirección. En aquel entonces se estaba desarrollando el "Proyecto Catálogo", en el que participé con la antropóloga María Eugenia Sánchez Santa Ana, curadora de la "Colección Mestizo", con quien hasta la fecha conservo una amistad.

Para la maestra Oliver este proyecto era muy importante porque significaba ordenar, catalogar y sobre todo divulgar el acervo etnográfico del Museo, y los resultados de esta investigación se publicarían en catálogos. Al concluir mi servicio social en 1991, la maestra me brindó la oportunidad de comenzar con un trabajo profesional, al contratarme como asistente de investigador para el mismo proyecto. Nunca le comenté explícitamente lo que había significado para mí esta experiencia, pero seguramente lo sabía, puesto que de alguna manera en las pláticas cordiales que sosteníamos a menudo, reconocíamos su importancia. A pesar de que no todos los investigadores estaban de acuerdo con los catálogos, había un trabajo serio y por lo mismo tenía su trascendencia, pues sus expectativas se estaban cumpliendo. Durante este tiempo tuve la fortuna de conocer cómo se trabaja en un museo desde su interior, el proceso completo del montaje y exposición de las colecciones, lo que me ha dado pautas profesionales y personales para observar de una manera diferente una exposición, cualquiera que ésta sea. El trabajo con ella dentro del proyecto, siendo Subdirectora, era arduo, a veces extenuante, esto en ocasiones me disgustaba. La conocí como una persona sistemática, tenaz y perfeccionista, había días en que llegábamos temprano y salíamos al anochecer, pero gracias a esta manera de trabajar se publicaron varios catálogos, entre ellos, dos en los que colaboré: *Muñecos mestizos* y *Juguetes mestizos I*. Sin

embargo, con ella no todo era trabajar; ese tiempo también la comencé a tratar de una manera más personal, podía ver que era una persona a quien también le gustaba convivir con la naturaleza; practicaba el buceo, detalle que me sorprendió en esas conversaciones informales, platicaba acerca de sus experiencias en el mar, reflejándose en su rostro y tono de voz la emoción de conocer un mundo diferente y hermoso, como ella lo vivía. Terminó el proyecto en 1994, al menos en esta fase, por lo que salí del Museo; sin embargo, nuestra relación personal continuó, me recibía cordialmente y con cariño, platicábamos de lo que cada quien estaba haciendo en ese momento, siempre sentí su apoyo tanto en lo personal como en lo profesional. En momentos difíciles para mí estuvo con palabras de aliento y ánimo para seguir adelante, lo cual le agradezco, porque tenía razón.

Años más tarde, en 1999, me brindó nuevamente su confianza profesional para participar en uno de los proyectos más ambiciosos del INAH, a través de la Coordinación Nacional de Antropología; se trataba del Proyecto "Etnografía de los pueblos indígenas de México en el nuevo milenio", mismo en el que hasta la fecha laboro. El equipo Hidalgo lo componíamos tres personas: la maestra Oliver, como coordinadora y dos asistentes de investigación, Susana Muñoz y yo. El tiempo que trabajamos en equipo fue un constante aprendizaje, tanto de los aciertos como de los errores. Era la primera vez que realizaba etnografía de una manera profesional, y lo asumí con compromiso. De la maestra aprendí en el trabajo de campo el significado de observar, y cómo el pequeño detalle que me podría pasar

desapercibido sería útil en algún momento. También le aprendí que se debe guardar respeto hacia la gente y la sensibilidad hacia sus necesidades. Las discusiones que se daban en el interior del equipo al momento de preparar los instrumentos de trabajo de campo, así como para la redacción del ensayo, eran muchas veces álgidas, pero siempre aprendía; considero que trabajar con los vicios profesionales que vamos adquiriendo en nuestra formación a veces es un obstáculo para la comunicación, y la maestra Oliver tenía detalles que en ocasiones impedían un diálogo más óptimo o formas de trabajar que retardaban la culminación de los ensayos, lo que solíamos resolver a través de argumentaciones académicas. Sin embargo, para la maestra era importante el trabajo en equipo, apoyarnos mutuamente, compartir las experiencias; todo esto, consideraba ella, enriquecía el trabajo en equipo e individual. Ejercía cierta presión, que ahora considero positiva, para que presentara ponencias acerca de mi trabajo en el Valle del Mezquital, región en la que hemos venido realizando el proyecto. Se ocupó de darme un foro de discusión en los coloquios internacionales sobre otopames, lo que le agradezco, pues personalmente ha sido muy enriquecedor en muchos sentidos de mi vida. Cuando estaba en trabajo de campo, la maestra Oliver se preocupaba porque estuviera bien; a veces era una preocupación que yo considero un tanto maternal, la que de alguna manera limitaba la actividad en las comunidades; entendía el porqué de su actitud, pero no la compartía, siempre me recomendaba que me cuidara. Contaba con su apoyo, me proporcionaba los elementos necesarios para trabajar.



Después de dos años y medio, Susana Muñoz dejó el proyecto para emprender el propio, y se incorporó Gabriela Garrett, persona a quien considero trabajadora e inteligente. Al principio fue difícil para las tres acoplarnos, ya veníamos trabajando dos ensayos, sabiendo sobre qué aspectos se discutía y de qué se trataba el proyecto, pero esto no fue obstáculo para que nos adaptáramos pronto.

Desafortunadamente, el deceso de la maestra Oliver vino muy pronto, y esas discusiones que enriquecían al equipo no se prolongaron.

El equipo Hidalgo, con sus tres miembros, fue un equipo en el que cada uno aportábamos algo: la experiencia y las ideas innovadoras estaban presentes, así como el respeto recíproco. Con ella trabajamos íntegramente las dos primeras líneas de investigación: "Estructura social y organización comunitaria" y "Territorialidad, santuarios y peregrinaciones", trabajo que nos llevó dos años y medio realizar. Desgraciadamente la tercera línea, "Identidad y relaciones interétnicas", no la concluyó.

La noticia de su fallecimiento fue sorpresiva; regresaba de trabajo de campo y había quedado de comunicarme con ella para avisarle de nuestro regreso. Durante el retorno, Gabriela

y yo veníamos pensando cómo decirle que habíamos ido las dos, pues ella nos había comentado que sólo fuera yo, pero a Gabriela le interesaba conocer la zona alta del Mezquital, así que decidimos ir ambas. Hubiera preferido hablar con la maestra y darle una explicación de la decisión que tomamos y no enfrentarme con esa noticia. Al enterarme, no podía explicar mis emociones; era no entender, lo creía porque de quien recibí la noticia no iba a bromear de esta manera. Fue un proceso de asimilación paulatina, ir a lugares donde solía estar la maestra y ahora ya no estaba, aunque siempre he creído que las personas que quiero no se van, están conmigo con su cariño, con su obra, con aquello que aprendí y me es útil en la vida, por eso considero que Beatriz Oliver Vega sigue presente entre quienes, a pesar de que ya no está, la apreciamos. Gracias maestra Bety, por haber confiado en mí como una persona profesional y responsable, ya que a través de usted he tenido la oportunidad de conocer dos mundos diferentes, pero complementarios: el trabajo en museo y el trabajo de investigación: gabinete y campo, en el Valle del Mezquital, región a la que ahora le tengo un gran cariño, donde he conocido gente maravillosa en las comunidades, quienes me han enseñado otra forma de vivir y de relacionarse con su mundo. Estos dos trabajos, que me han mostrado lo burocráticos que son, también, y sobre todo, me han enseñado a ejercer esta interesante profesión que es la antropología.



Beatriz Oliver Vega y los coloquios sobre grupos otopames

Noemí **Quezada**
IIA-UNAM



La colaboración de Beatriz Oliver Vega en los coloquios sobre grupos otopames fue diversa. Desde el inicio, como miembro del comité organizador, participó en todas las reuniones exponiendo ideas y planteamientos que ayudaron a llevar a cabo de manera exitosa los cuatro coloquios internacionales y los cuatro regionales o estatales. Responsable dentro de este comité de la coordinación del programa, a partir del tercer evento demostró su responsabilidad y capacidad de organización.

Fue coordinadora general del Segundo Coloquio Internacional Otopame, efectuado en el Museo Nacional de Antropología del 27 al 30 de enero de 1998 y fungió como moderadora de Mesa en todos los coloquios.

Como ponente magistral, Beatriz Oliver participó en el Primer Coloquio sobre grupos Otomianos con el trabajo "¿Han muerto los dioses otomíes o existe un resurgimiento de los mismos?", que fuera publicado más tarde en la revista *Estudios de Cultura Otopame*.¹ Sus ponencias en otros coloquios fueron contribuciones importantes para los estudiosos de los grupos otomianos:

I Coloquio Internacional sobre Otopames: "El tributo mazahua del siglo XVI", Querétaro, Qro. 20-22 de septiembre de 1995.

II Coloquio Internacional sobre Otopames: "La

Sirenita. Un mito pasado y presente", Ciudad de México, 27-30 de enero de 1998.

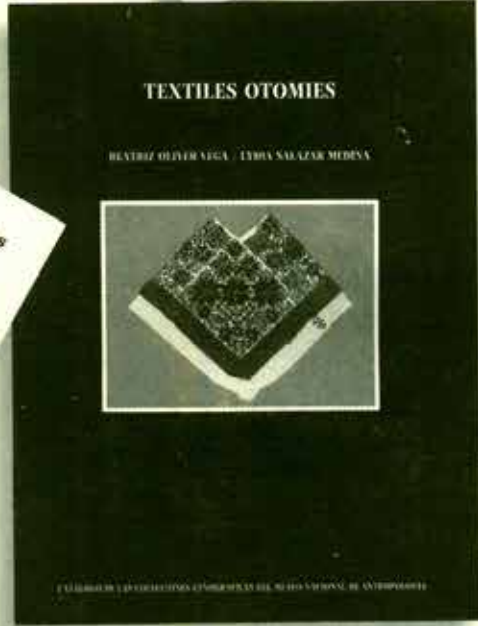
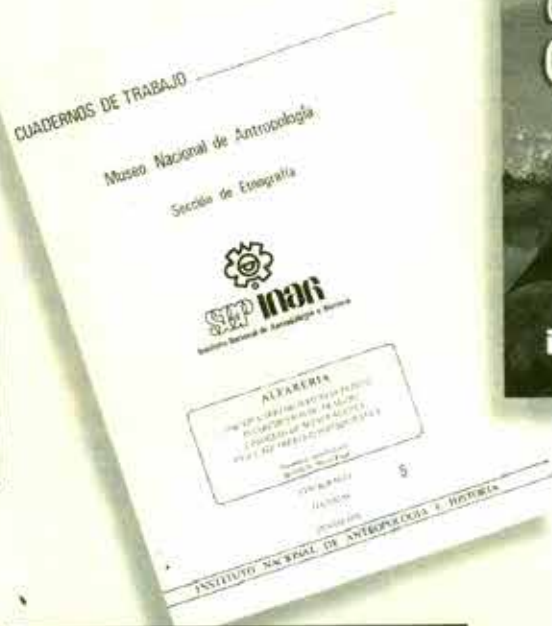
III Coloquio Internacional sobre Otopames: "Condiciones biopsicosociales de los mazahuas en el siglo XVI", Toluca, Edo. de México, 9-12 de noviembre de 1999.

IV Coloquio Internacional sobre Otopames: "Territorialidad, pasado y presente en el Valle del Mezquital", Pachuca, Hgo., 5-9 de noviembre de 2001.

III Coloquio Regional sobre los Otopames: "De los bosques otomíes a la Triple Alianza", San Luis Potosí, S.L.P., 17-21 de octubre de 2000.

Destacar su importante labor en los coloquios sobre otopames no es suficiente. Es necesario, asimismo, hacer una reflexión sobre Beatriz Oliver como compañera y amiga. Su sensibilidad, atención y afecto la acercó a todos nosotros, tanto en los viajes mensuales a diferentes universidades y centros de investigación en los que se han organizado los coloquios, como en los días que duraban los eventos; la convivencia cotidiana fue agradable y nos permitió conocernos y mantener una amistad profunda personal y colectiva. La recordaremos y extrañaremos siempre.

¹Beatriz Oliver Vega, "¿Han muerto los dioses hñā-hñū o existe un resurgimiento de los mismos?", *Estudios de Cultura Otopame*, México, IIA-UNAM, 1998, p. 215-238.




ITESM
 CAMPUS ESTADO DE MEXICO
 EN MEXICO
 ¡ HASTA LA MUERTE ES
 DULCE!



Maestra Beatriz M. Oliver Vega

Alfonso Serrano Serna
Comité organizador de los coloquios otopames



La vida académica y como investigadora en el Instituto Nacional de Antropología de Bety fue de gran relevancia, dada la multiplicidad de actividades que a lo largo de muchos años realizó y que nos ha legado, con lo cual nos motiva a continuar con su labor y tratar de responder a todas sus inquietudes. Una de tantas a la cual me referiré es su valiosa participación como miembro fundador del comité organizador de los coloquios sobre grupos otopames, en el cual era representante de la Subdirección de Etnografía del Museo Nacional de Antropología del INAH.

En el año de 1994, varios grupos académicos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, del Departamento de Investigaciones Antropológicas de la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Querétaro, del Colegio Mexiquense A.C., del Instituto Mexiquense de Cultura y la Facultad de Antropología de la Universidad Autónoma del Estado de México, tuvieron la iniciativa de convocar a un coloquio a investigadores y estudiosos que estuvieran realizando investigaciones sobre los grupos otopames, o en todo caso reunir todos los trabajos de investigación que sobre estos grupos se habían hecho.

Dicha iniciativa fue propuesta a los directores de las instituciones y muchos de ellos participaron no solamente con el apoyo institucional, sino también en la organización del evento, que inicialmente se pensaba como un diagnóstico para conocer cuántos investigadores e instituciones estaban estudiando o habían trabajado los grupos otopames. Se constituyó entonces un comité organizador que hasta la fecha ha venido organizando anualmente los coloquios.

Desde el principio de los coloquios, tanto las instituciones como los miembros del comité le fueron asignando a Bety actividades; esto se hacía en reuniones que se llevaban a efecto mensualmente y que actualmente siguen la misma mecánica establecida en ese entonces.

La participación de la maestra Bety en los coloquios no solamente era como miembro del comité, sino también como moderadora de varias mesas, ponente y en 1998, la responsabilidad de la organización del Segundo Coloquio Otopame en el Museo Nacional de Antropología, así como la elaboración de los programas de los eventos, los cuales incluyen la programación, resúmenes de las ponencias y el directorio de los participantes.

En el Primer Coloquio sobre Otopames, que se llevó a efecto en la ciudad de Querétaro, en septiembre de 1995, en principio se rebasaron las expectativas del comité por la gran demanda de los ponentes para participar. En este primer coloquio, la Mtra. Beatriz presentó una ponencia con el título "El tributo mazahua del siglo XVI", resumen que a continuación transcribo:

Los mazahuas, después de las cruentas luchas que sostuvieron con los señores de la Triple Alianza en el siglo XV, se vieron sometidos, desde ese tiempo hasta la llegada de los europeos, al pago de bienes y servicios que beneficiaron y engrandecieron a los señoríos que conformaban dicha Alianza, especialmente a los de México y Tlacopan.

Al término del Primer Coloquio se realizó la evaluación del mismo, teniendo como resultado una gran satisfacción por la respuesta que se recibió por parte de los investigadores y las instituciones, así como de los conferencistas magistrales, como fue el caso entre otros del Mtro. Pedro Carrasco.

A partir de ese momento, el comité determinó efectuar dicho evento cada año, el cual tendría como propósito integrar a todos los estados donde se encuentran los grupos otopames, así como a los investigadores e instituciones. Estos coloquios se han denominado como nacional, estatal, regional e internacional.

En el Segundo Coloquio, que se realizó en la entonces Escuela de Antropología de la Universidad Autónoma del Estado de México, en agosto de 1996, la Mtra. Bety presentó una conferencia magistral con el título: "¿Han muerto los dioses otomíes o existe un surgimiento de los mismos?"; dicha conferencia fue publicada en el número uno de la *Revista de los Estudios de Cultura Otopame*, editada por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM en 1998. A continuación se transcribe el comentario que las doctoras Noemí Quezada y Yolanda Lastra, editoras de la revista, hacen al artículo de la Mtra. Beatriz M. Oliver Vega:

Estudia el ritual y su contenido simbólico entre los otomíes del Estado de México, del Valle del Mezquital y especialmente de la Sierra de Puebla. Las costumbres, ceremonias que proporcionan el equilibrio biopsicosocial, son manifestaciones religiosas conscientes de las cosmovisiones contemporáneas que son analizadas a partir del mito y el rito. El ritual, que permite el diálogo con los seres sobrenaturales del universo, lo llevan a



cabo los Badi, chamanes-curanderos, con la finalidad de proporcionar la fertilidad de la Madre Tierra y restablecer la salud en los enfermos. Es el Badi quien elabora en papel amate recortado a los espíritus malignos y benignos, a quienes la autora clasifica en tres grupos: 1. Duales: La sirenita, asociada con el agua como Diosa Madre, Señora Arco Iris, Reina de la Tierra-Tlazolteotl; 2. Protectores: el Señor del Monte o Corazón del Monte, pajarito del monte, vegetales y abeja; 3. Malignos: los Señores Relámpago, Granizo, Diablo, Judío, Moctezuma, de la noche y Presidente del Infierno. La autora estudia la importancia del papel amate y su uso ritual como proceso de resistencia cultural, desde la época prehispánica, su regulación durante el periodo colonial y su importancia en el ritual otomí contemporáneo.

En el mes de enero de 1998, se efectúa el siguiente Coloquio en el Auditorio Sahagún en el Museo Nacional de Antropología, en el cual la Mtra. Bety fue la responsable, como investigadora de la institución sede del evento, contando con la valiosa participación del personal de la Subdirección de Etnografía y la entonces Subdirectora de Etnografía, la Mtra. Ma. Cristina Suárez y Farías y la Dra. Mercedes de la Garza Camino, Directora del Museo Nacional de Antropología.

Durante este Coloquio, además de las múltiples actividades que siguió desempeñando como investigadora y curadora de la Sala de Otopames —que se encontraba en proceso de remodelación para tener la presentación que ahora disfrutamos—, y como docente, se ocupó de moderar la Mesa 7, denominada "Arqueología e Historia". En la misma presentó la ponencia con el título: "La sirenita. Un mito pasado y presente", cuyo resumen fue el siguiente:

No importa qué forma cambie a través del tiempo, pero en los espacios culturales, sobre todo donde habita la población otomí, persisten dioses prehispánicos con las mismas atribuciones que contribuyen a conservar el equilibrio biopsicosocial individual y de la población.

En esta ponencia se presenta la hipótesis de que Chalchitlicue pervive en muchos de los ritos de fecundidad y agrícolas de los san pableños.

En 1999 fue el III Coloquio Internacional sobre grupos Otopames, el cual se realizó en la Facultad de Antropología de la Universidad Autónoma del Estado de México, en el mes de noviembre. La participación de la Mtra. Bety, además de ser miembro del comité organizador, lo que conlleva una serie de

actividades tales como reuniones mensuales que se hacen en los diferentes estados participantes, y las que cada año son más concurridas, pues sus miembros se incrementan al añadirse una nueva sede del evento, fue como moderadora de la Mesa 2, denominada "Cosmovisión" con seis ponentes. También presentó una ponencia con el título "Condiciones biopsicosociales de los mazahuas en el siglo XVI", de la cual se hace la transcripción del resumen:

El siglo XVI es un parteaguas en la vida cultural de los mazahuas en particular y de los mesoamericanos en general, pues en la segunda década de dicho siglo los conquistadores europeos introdujeron elementos biológicos, sociales y psicológicos, algunos de ellos nocivos a la población que en ocasiones acabaron total o a gran parte con los habitantes del lugar. En la ponencia mencionaremos tres de esos elementos.

En el mes de octubre del 2000 se llevó a efecto el Coloquio en la ciudad de San Luis Potosí, Río Verde y Santa María Acapulco del Estado de San Luis Potosí, denominado III Coloquio Regional sobre Otopames, donde la Mtra. Bety, además de participar en todo lo anteriormente anotado para cada uno de los eventos, fue moderadora de la Mesa 7, "Ecología

y Desarrollo" y participó con la ponencia "De los bosques otomíes a la triple alianza", la cual en su resumen dice: "La producción maderera otomí en la época prehispánica y su ruta hacia la Triple Alianza. Su especificación en tipos de tablas semilabradas que llevan al centro de México, así como a las oraciones que llevaban al Dios de Monte a los especialistas en este tipo de actividad".

En el mes de noviembre del 2001 se realizó el IV Coloquio Internacional sobre Otopames en la Universidad del Estado de Hidalgo, en la ciudad de Pachuca, Hidalgo, en el cual la Mtra. Bety fue moderadora de la Mesa 14, "Espacios Sagrados II" y presentó la ponencia "Territorialidad, pasado y presente en el Valle del Mezquital" y en su resumen dice: "Iniciada la evangelización en el siglo XVI, se desestructuraliza el territorio sagrado de los grupos étnicos originales, creándose, al mismo tiempo, nuevas territorialidades, cuyos pormenores son tratados en esta ponencia".

Con esta líneas he tratado de hacer un recuento mínimo de una de las tantas actividades que Bety realizara en su vida académica, con el gran profesionalismo que siempre la caracterizó, buscando la perfección en todos los trabajos que emprendía.



La maestra Bety Oliver, un recuento de nuestra amistad y coincidencias profesionales

Carlos Vázquez Olvera
Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones



Como muchos de mis colegas y amigos, la noche del 13 de febrero recibí la noticia que me cimbró. Hacia unas cuantas horas, después de varios días de intentarlo, había logrado contactar a Bety a través de su celular; estaba en el hospital. Me comentó que se sentía algo mal y cansada; platicamos de la necesidad de un tiempo sin tantos compromisos y proyectos, así como de tomar la vida más tranquila. Nos despedimos y recordamos que teníamos una comida pendiente con María Eugenia Sánchez, otra gran amiga de la Subdirección de Etnografía del Museo Nacional de Antropología (MNA).

Durante estas semanas de su partida, por la forma de ser de Bety, descubrí qué poco sabía de ella. Ahora he leído algunos datos y sé que estudió en la Escuela Nacional para Maestros para formarse como profesora de educación primaria y que en la Escuela Normal de Especialización estudió la Especialidad en Niños Débiles Mentales y Menores Infractores; posteriormente, realizó su licenciatura y maestría en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Como yo, se inició como investigadora en el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), siendo Investigador Asociado B; a partir de aquí dio principio su carrera como investigadora —curadora de la colección otopame—, y sus subsecuentes responsabilidades administrativas: Jefa del Departamento de Etnografía y Subdirectora de Etnografía del MNA. De esta entrega a su trabajo nos deja testimonios de sus salidas a trabajo de campo, transmisión de conocimientos y experiencias a nuevos profesionales en esta área, guiones de exposiciones temporales, testimonios de sus participaciones en congresos, diversas publicaciones entre artículos, catálogos, capítulos de libros, libros y una diversidad de trabajos en prensa; asimismo, su colaboración en instituciones de educación superior en la formación particularmente de antropólogos. Sin embargo, hay un área que poco se conoce de ella: su experiencia como colaboradora en la formación de museólogos, de la que me ocuparé más adelante.

Conocí a Bety cuando tuve la jefatura del Departamento de Exposiciones Itinerantes, de la entonces Dirección de Museos y Exposiciones del INAH (1984-1987). En repetidas ocasiones acudí a ella como Subdirectora de Etnografía del MNA para solicitar objetos y colecciones para integrarlas a algunas exposiciones que organizamos, como “La conservación del patrimonio cultural” y “La mujer nortehña: su vida en el siglo XIX”; asimismo, a través de ella nos facilitaron la exposición completa de “El niño indígena”. Esta diversidad de exposiciones se montó en varios museos regionales del propio INAH.

Al concluir mi responsabilidad administrativa seguí visitando a Bety en su cubículo del MNA. En reiteradas ocasiones le solicité apoyo para que alumnos de los cursos de museografía que tuve de la Universidad Iberoamericana y de la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía Manuel del Castillo Negrete (ENCRYM) pudieran conocer las actividades que llevan a cabo los investigadores en los

acervos de los museos, así como aspectos de almacenaje y conservación de las colecciones. A partir de esta experiencia iniciamos una diversidad de pláticas sobre las características, funciones y responsabilidades del trabajo del investigador curador; asimismo, me brindó la oportunidad y confianza para proporcionarle mis escritos para su lectura y comentarios, e iniciamos una práctica permanente de préstamo, intercambio y compra de libros antropológicos y museológicos que hasta fecha reciente mantuvimos.

Como docente de los cursos de museografía en la ENCRYM fui parte del equipo que organizó en 1990 el Simposio Patrimonio, Museo y Participación Social,¹ y me tocó la coordinación de la Mesa "La investigación y documentación de los bienes culturales". Como parte del grupo de ponentes que invité para integrar la Mesa estuvo Bety con su ponencia "La etnografía y la documentación de bienes etnográficos". Por esos años, ella reflexionaba con sus compañeras de trabajo sobre la puesta en escena de las salas de exposición permanente, producto de la propuesta museográfica de la década de 1960.

En el Museo Nacional de Antropología, la cultura de los grupos representados está expuesta con criterios museográficos, desvinculando a la arqueología de la etnografía, mostrando dos conjuntos separados, sin que exista entre ambos un nexo que enlace el pasado con el presente y que a su vez muestre los cambios ocurridos a través del tiempo y su relación con el medio circundante.²

Ante esta situación, está el planteamiento de una nueva propuesta museológica:

...el museo hoy día no debe ser únicamente un depósito de objetos o la representación museográfica de éstos, sino que su adquisición debe ser el resultado de una investigación que refleje la realidad de los grupos étnicos existentes en el territorio mexicano, no sólo desde el punto de vista antropológico, sino tam-

bién sus relaciones con los recursos naturales, su evolución y modificación por el hombre y los avances tecnológicos; de esta manera los materiales presentados mostrarán el hecho cultural dentro del contexto social y ecológico en que se desenvuelven.³

Considero que su participación en el Simposio le sirvió para sistematizar las características y funciones de un investigador de su área de formación en el campo de los museos.

El antropólogo que trabaja en un museo tiene doble papel, no sólo como etnógrafo, sino también como coleccionista científico que adquiere series representativas de la sociedad objeto de estudio.

Establecer colecciones de objetos dentro de un museo tiene importancia teórica y práctica. Teórica porque las colecciones son esenciales para conocer la economía, la tecnología, la evolución, los avances, las persistencias y los préstamos culturales; práctica, porque ejemplifica una cultura dada.⁴

Posteriormente, coincidimos también en un proyecto editorial del sindicato de trabajadores académicos del INAH; fuimos invitados a colaborar en el libro *El patrimonio sitiado. El punto de vista de los trabajadores*. Decidimos participar, ella con el tema "Las colecciones etnográficas, patrimonio presente", y yo con "El museo y su nueva relación con los sectores sociales". En esta ponencia, Bety analiza las características e importancia de las colecciones etnográficas del MNA.

Como patrimonio que es, en primer lugar posee un valor cultural, artístico, histórico y científico, y en segundo lugar un valor educativo que consiste en exhibir los objetos en forma didáctica. Las colecciones etnográficas reflejan rasgos específicos de la cultura cotidiana de los diversos grupos que conforman la nación, y el MNA tiene la misión de presentar a la cultura en sus particularidades nacionales y en un contexto histórico económico. Los materiales etnográficos permiten que el museo lleve a cabo su tarea educativa, ya que los objetos cambian poco y por ello constituyen fuentes para el estudio de la cultura de las diversas épocas.⁵





Asimismo, profundiza en las tareas y responsabilidades del investigador curador:

En su tarea de adquirir los objetos para formar la colección, el investigador-curador responsable hace uso del método etnográfico, el cual le permite registrar y sistematizar las observaciones de los hechos sociales en general y de los bienes tangibles en particular. La teoría aplicada en los museos ofrece un valor heurístico (investigación de documentos o fuentes históricas) y a su vez hermenéutico (contextualiza las fuentes), lo que proporciona una fértil cosecha de datos que enriquecen la investigación y documentación de las colecciones. En el desempeño de sus actividades el curador debe preocuparse por ser objetivo, ajustarse al método científico, tener el sentido de los hechos y de sus relaciones mutuas y quienes los crean, así como el de las proporciones y las conexiones entre la comunidad y sociedad.⁶

Para ella, una fase primordial del quehacer del curador es el trabajo de campo, lo plantea como: *...la experiencia a partir de la cual se organiza la ciencia antropológica. Para el estudioso, el campo es el laboratorio y lugar donde se colecta el material en bruto, tanto en notas como instrumentos de trabajo, materias primas, objetos de uso cotidiano y artesanales elaborados por los grupos en estudio. Los objetos creados por una cultura, en muchos casos, son la mejor prueba de un hecho social, aunque no el hecho social en sí, además de ser un catálogo instrumental mágico, a los que recurre un investigador de museo.⁷*

Otra tarea que no pasa por alto es la misión social del museo mediante la difusión tanto de las colecciones como de las investigaciones en torno a ellas.

Una vez terminada la investigación, la comunicación es el paso siguiente: las exposiciones en sus distintas formas y niveles, así como conferencias, folletos y catálogos, han sido las mejores formas de divulgación del conocimiento etnográfico.⁸

Posteriormente, como parte de mi desarrollo profesional, vino una diversidad de eventos importantes, como mi examen de grado en la maestría de antropología social en la ENAH,⁹ en el cual Bety fue sinodal. Recientemente fue miembro del jurado de mi examen de oposición cerrado como parte de la promoción del personal de investigación científica y docencia del INAH; en éste recibí de ella críticas constructivas para el enriquecimiento de mis propuestas.

Compartimos otro proyecto profesional importante; a partir de 1997, me correspondió

colaborar con el equipo de especialistas que planeó el nuevo programa de la maestría en museología del INAH,¹⁰ y posteriormente su ejecución como coordinador académico. Una tarea sustancial fue la integración del equipo de profesores, quienes debían cubrir como perfil la formación requerida, experiencia y trayectoria profesional significativa en el campo de los museos. Para la materia "Métodos y técnicas de investigación" del primer semestre pensé en Bety, quien trabajó con nosotros en la formación de tres generaciones de museólogos: 1997-1999, 1999-2001, 2001-2003;¹¹ la materia es importante porque trata de proporcionar a los alumnos las herramientas metodológicas indispensables en la formulación y desarrollo de su tesis y, posteriormente, en su campo de trabajo en los proyectos de investigación. Como apoyo didáctico a las materias, decidimos elaborar para cada una la bibliografía comentada que sirviera como introducción a los autores y teorías, fundamentalmente a aquellos alumnos que provienen de otras áreas diferentes a las sociales; la primera en responder, en comprometerse y entregar su trabajo fue Bety. En ella plantea como objetivo primordial:

Proporcionar a los alumnos un cúmulo de herramientas que los orienten, disciplinen y conduzcan a realizar una actividad razonadora para investigar economizando tiempo y energía.¹²

Otro proyecto valioso que compartió conmigo en la ENCRYM fue el impartir el Seminario de tesis para egresados. Me transmitió su entusiasmo a través de sus comentarios del intercambio de conocimientos y experiencias con los tesisistas; de igual manera, su preocupación por cubrir sus expectativas. Es importante mencionar que le tocó atender a cuatro museólogos destacados por su valiosa trayectoria en nuestro campo profesional.

Entre las actividades finales que tuve bajo mi responsabilidad en esta Escuela, fue la presentación del libro de María Olvido Moreno,¹³ otra de las profesoras de la maestría. Como en otras ocasiones, Bety me apoyó en este evento, que considero fue de los últimos en los que participó. Por estas fechas su rostro ya reflejaba cansancio.

Recientemente, desde el 15 de enero de este año, mi responsabilidad académica concluyó para dedicarme únicamente a la elaboración de mi tesis doctoral. Desde hacía tiempo ya había intercambiado ideas y material bibliográfico con Bety, de quien también había recibido sugerencias para nutrir mi proyecto.

Desde el año pasado (2001), antes de comenzar su clase en la ENCRYM (acostumbraba llegar una hora antes), en una especie de desahogo comentábamos de las enfermedades de nuestros padres y de lo complicado que día a día se tornaba su manejo; la pérdida para Bety llegó primero y los meses posteriores a su ausencia la vi decaer y noté su imposibilidad de recuperarse; recuerdo algunas conversaciones en el aula cuando comentábamos esto y sus ojos se llenaban de lágrimas. En el desarrollo de nuestra amistad y convivencia de todos estos años y en las pláticas en su cubículo y en la Escuela, llegué a descubrir detrás de esa imagen de mujer invencible a un ser humano sensible y lleno de cariño por brindar, y en la misma proporción por recibir. Su periodo de descanso llegó, y ahora entiendo la pérdida de Bety como el encuentro con esa gran ausencia que no pudo llenar.



NOTAS:

¹Tres años después el material fue publicado:

Bonfil Castro, Ramón, Néstor García Canclini et al. *Memorias del Simposio Patrimonio, Museo y Participación Social*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Científica No. 272), 397pp.

²Farfán Morales, Olimpia y Beatriz Oliver Vega, "La etnografía en el Museo Nacional de Antropología", en *Investigaciones recientes en el área maya. XVII Mesa Redonda*, t. III, Sociedad Mexicana de Antropología, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, 21-27 de junio de 1981, p. 497.

³*Ibidem*, p. 498.

⁴Oliver Vega Beatriz, "La etnografía y la documentación de bienes etnográficos", en Bonfil Castro, Ramón, Néstor García Canclini et al., *Memorias del Simposio Patrimonio, Museo y Participación Social*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Científica No. 272), p. 230.

⁵Oliver Vega, Beatriz, "Las colecciones etnográficas, patrimonio presente", en *El patrimonio sitiado. El punto de vista de los trabajadores*, México, Trabajadores académicos del INAH, Delegación Sindical DII IA1, Sección X, SNTE, p. 298.

⁶*Ibidem*, p. 299.

⁷Oliver Vega, Beatriz, *Del presente al pasado. El caso de los mazahuas en el siglo XVI*. Documento inédito.

⁸Oliver Vega, Beatriz, "Las colecciones etnográficas, patrimonio presente", *Op. cit.* p. 301.

⁹Vázquez Olvera, Carlos, *La concepción del Museo Nacional de Historia y el patrimonio cultural mexicano*, México, Escuela Nacional de Antropología e historia, tesis de maestro en antropología social, 1995.

¹⁰El objetivo general de la maestría es formar profesionales facultados para establecer, incrementar, gestionar, investigar, proteger, conservar, exponer y divulgar las colecciones del patrimonio cultural que conforman el acervo de los museos. Estos profesionales se distinguirán por su rigor analítico, la originalidad de sus soluciones y propuestas, una ética sólida en sus planteamientos y una disponibilidad sin restricciones para el trabajo interdisciplinario.

¹¹Dejamos 44 alumnos egresados.

¹²Oliver Vega, Beatriz, *Métodos y técnicas de investigación. Bibliografía comentada*, Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía Manuel del Castillo Negrete, Coordinación Académica de la Maestría en Museología, p. 3.

¹³María Olvido Moreno, *Encanto y desencanto. El público ante las reproducciones en los museos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (col. Obra Diversa), 2001, pp. 243.

El libro se presentó en el auditorio de la ENCRYM el jueves 29 de noviembre de 2001. Los comentaristas fueron Beatriz Oliver Vega, Lucio Lara Plata y José Luis Uberetogoyena Loredo.



Beatriz, una amiga difícil de olvidar

Idalia Mendoza Rivera



Hacia ya varios años que conocía a Bety, y aunque no había una relación constante o estrecha, siempre la admiré, no sólo por su apego al trabajo o su profesionalismo, sino por su calidez humana, su don innato de trato hacia los demás y sobre todo los conocimientos que compartía con todos nosotros.

Fue hasta hace dos años que, debido a la cercanía en el trabajo, nuestra relación se estrechó más. Fue así que tuve la suerte de tratarla, conocerla más ampliamente y confirmar mis sospechas de que no sólo realizaba su trabajo con amor y dedicación, sino también tenía un excelente sentido del humor y un insuperable trato personal.

La convivencia más estrecha que tuve con Bety fue durante el seminario de tesis¹, en el que largas conversaciones y reflexiones enriquecieron nuestras experiencias más allá del campo profesional. A través del planteamiento de nuestros proyectos, o nuestras inquietudes, se desencadenaban otros aspectos de análisis que nos abrían mayores espacios de desarrollo, fue como viajar a través de diferentes percepciones.

Nuestros proyectos, inquietudes e ideas transcurrían en un ambiente cálido; el tiempo pasaba materialmente volando y al final de la sesión quedaba en mí ser la inquietud de seguir platicando más y más con mi asesora, con mi amiga.

El interés que tenía en cada uno de los proyectos de los integrantes del seminario, la alegría que nos hacía sentir por conocer cómo los desarrollaríamos, nos motivaba a seguir en ello. El hacer propias estas inquietudes nos demostró una forma intensa de vivir y sentir los momentos, más aún cuando comentaba todas aquellas empresas en las que incursionaba, admirable dedicación por el conocimiento de todo lo que la rodeaba.

Con la dinámica de estas reuniones, poco a poco sentí que el aspecto rígido de las técnicas de investigación se convertía en formas amenas para dar soluciones diferentes que convergían finalmente en puntos comunes de interés. Con estas pláticas, me percaté de que el acercamiento a las comunidades rurales permitieron desarrollar en Bety una sensibilidad excepcional a la comprensión del ser humano en todos sus aspectos, me lo transmitió convirtiendo momentos reflexivos y por demás interesantes.

La sencillez y modestia con que alegremente compartió sus conocimientos con nosotros, nos demuestra la calidad humana que engrandece a la persona.

Gracias Bety, te extrañamos.

¹De la maestría en museología.

A la maestra Beatriz con cariño

Rosalía Castellanos González
Subdirección de Etnografía (MNA)



Escuchar la palabra 'maestro(a)' nos recuerda a muchos de nosotros a aquellos profesores que llegamos a tener en la educación básica, que nos infundían respeto y temor a la vez, y de los cuales siempre aprendimos algo e incluso dejaron una huella indeleble en nuestra formación personal y académica. A pesar de que ya hace mucho tiempo concluí mis primeros estudios, al conocer y convivir con la maestra Beatriz reviví esos mismos sentimientos.

La maestra veía al personal del "Proyecto Catálogo" y de servicio social como a sus niños, a los cuales podía enseñar y regañar cuando esto era necesario. Cuando trabajaba con ella siempre se preocupaba porque comiéramos algo antes de comenzar y si el trabajo se iba a alargar durante la tarde tomábamos un descanso y nos íbamos a comer; por supuesto que no podía cometer la osadía de querer pagar, ella se oponía y terminaba pagando, era casi imposible invitarla. También se preocupaba porque estuviéramos bien tapados, y *así te estuvieras muriendo de calor* era imposible tratar de quitarte una chamarra en su presencia si ella consideraba que nos podíamos enfermar. Era una verdadera "mamá gallina" como decía un amigo, siempre preocupada por sus "niños" y porque nada nos pasara cuando estábamos con ella. En muchas ocasiones, en las tardes cuando ya todo el personal se había retirado y yo me quedaba a esperar la hora para ir a la escuela, ella me preguntaba a qué hora me iba a ir y se ponía a trabajar hasta que llegaba el tiempo de irme y entonces salíamos juntas, incluso en varias ocasiones me ayudó con mis labores de inglés o de otras materias si le era posible.





Cuando se trataba de trabajo era muy exigente; tenía la paciencia para guiar y enseñar, pero nunca se negó a compartir sus conocimientos y fue entonces cuando tuve la oportunidad de aprender de ella. Siempre me infundía confianza y libertad para realizar lo que me encomendaba y consideraba que yo tenía suficiente criterio para decidir, como ocurrió durante la realización del Segundo Coloquio Internacional Otopame, donde mi amigo Francisco Becerra D. y yo nos ocupamos de la realización de toda la papelería necesaria en este evento; la maestra sólo nos informó lo que necesitaba y nos dio libre albedrío para diseñar el logotipo, los carteles, gafetes, boletos para la comida, diplomas y escoger los materiales que fueron necesarios para su realización. Siempre reconocía nuestro trabajo y fue un gusto y una satisfacción personal el agradecimiento que hizo en público, durante la clausura del evento, por el pequeño trabajo que realizamos para que éste se llevara a cabo.

También recuerdo una ocasión cuando la maestra nos invitó a Pancho, Alicia Vega y a mí a la ciudad de Pachuca, Hidalgo, donde montó la exposición "Hidalgo pasado y presente" en el Centro INAH-Pachuca y nos permitió participar desde la selección de materiales hasta el montaje de la misma. Al llegar, nos presentó como sus



asistentes y entonces nos abrieron las puertas al igual que a ella y tuvimos la libertad de trabajar en la bodega de colecciones y con el personal del Centro; mientras, ella nos guiaba y nos daba el visto bueno de la selección de materiales que hacíamos. En un determinado momento, la acompañamos a una entrevista que tenía que realizar para la televisora local; entonces nos subimos a una camioneta sin cabina retando a la "bella airosa", de la cual por fin pudimos comprobar el por qué de su sobrenombre. De regreso y ya casi listos para la inauguración, nos tuvo que pasar un peine porque al parecer ya no nos encontrábamos presentables como sus asistentes para poder presentar el trabajo que realizamos durante toda la mañana y parte de la tarde. El día lo terminamos cansados, contentos y comiendo pasteles. Por supuesto, el regreso tuvo que ser a la velocidad y con todas las prevenciones y recomendaciones que la maestra observaba.

Era una maravillosa persona, siempre dispuesta a compartir sus conocimientos y a guiar y apoyar a los jóvenes que tuvimos el honor y placer de trabajar con ella.

A manera personal a la maestra Beatriz le quiero agradecer con mucho cariño: todo el apoyo que siempre me brindó en mi carrera a pesar de que era completamente ajena a su especialidad, el tiempo y la paciencia que se tomó para escucharme y orientarme tantas veces, y lo más importante, el interés que siempre me demostró como persona. Por esto y muchas otras cosas más, siempre la voy a recordar como una de mis maestras especiales, que marcaron en mí una huella imborrable e inolvidable en el desarrollo de mi vida personal y profesional.

¹Este proyecto se encarga de la revisión y registro de los materiales que se encuentran dentro del acervo de colecciones etnográficas y en exposición en las salas etnográficas del MNA.

María Valeria Matos Pérez
Subdirección de Etnografía (MNA)



*Para mi maestra Bety,
Un día, que no fue cualquiera...
Por siempre con un lugar en el alma y en el corazón*

Estudí historia, y con mi poca experiencia me doy cuenta de lo difícil que es pasar de lo subjetivo a lo objetivo, traducir el sentir a un lenguaje científico. Pero cuando escribí estas líneas para alguien querido, me di cuenta también de lo difícil que es describir la subjetividad del alma. Estoy segura de que no fui la única a quien le costó trabajo tocar los recuerdos. Para contrarrestar esto me ayudó hacer una reflexión: el tiempo es una construcción mental; así, en el sentir no existen cambios, sólo permanencias; el recuerdo que tenemos de ella será infinito, hasta que nosotros tampoco recordemos que vivimos.

En 1964, cuando el Museo Nacional de Antropología abría sus puertas para la consolidación del pasado histórico nacional, para glorificar su pasado y su presente, para darle una nueva identidad a su pueblo, la maestra Bety (como siempre fue llamada entre nosotros, al menos los jóvenes que trabajamos en la Subdirección de Etnografía) se había inscrito en la ENAH. Seguramente no se imaginó que años más tarde trabajaría en el lugar que representaba y representa la imagen de la cultura del México pluriétnico y multicultural, y no sólo eso, sino en el lugar que ha sido y será el espejo de la historia de este país. Pero yo, en 1964 tampoco imaginaba que estaría en el mismo sitio. En 1964 todavía no nacía. No fue sino hasta 1981, probablemente, cuando mi padre me trajo. Sus muros eran tan grandes y su piso tan blanco que no pude mirar

hacia arriba. Sin embargo, recuerdo haber visto una ofrenda; mi tío me cargó para que asomara mi carita al espejo que había en el suelo... era tan chica que el espacio entre el suelo y mis ojos era abismal, tanto como pensar que algún día yo trabajaría para él.

El tiempo pasó para las dos. Ella consiguió el respeto de quienes estaban a su alrededor... yo acabé mis estudios de licenciatura... ella ya había sido subdirectora... yo no había hecho el servicio social.

Cuando los estudiantes escuchamos esas palabras: *servicio social*, nos da horror. ¿Qué te deparará el destino?, ¿sacarás fotocopias durante seis meses?, ¿irás por el café?, ¿harás 700 fichas bibliográficas a la semana?, ¿barrerás y trapearás el cubículo del investigador? Y además ¿te pegará de gritos porque no lo haces bien?... lo que sea, que sea rápido. Sin embargo, yo tenía clara una cosa: donde yo quería desarrollar estas múltiples e interesantes actividades era en el Museo Nacional de Antropología, donde además quería constatar si las carpas del espejo de agua seguían vivas.

Por eso la conocí. Primero me presentarian con la maestra Cristina Suárez, pero cuando entré a su oficina había una mujer de pequeña estatura, pelo corto, lentes, con un suéter muy abrigador, zapato bajito y con una expresión dura que me observaba seriamente. Al momento de vernos nos reconocimos, yo trabajaría para ella, ella sería mi jefa. Cristina le dijo: "estudió historia, pero... de algo te ha de servir ¿no Bety?". Ese



comentario fue mi bienvenida. Pero la maestra Beatriz no hizo caso, no menospreció mi carrera (como muchos lo han hecho con poco éxito) y me puso a prueba: fui a la biblioteca a copiar en el menor tiempo posible todas las fichas bibliográficas de un investigador, que eran como 200; por supuesto, cuando las computadoras no servían, porque la red se había caído; después me puso a revisar 16 tomos buscando sobre Ixmiquilpan, en fin, como esas actividades, varias más... hasta que llegó el momento de la empatía, cuando me mandó a revisar los famosos microfilms: tenía que revisar todos los rollos de ese poblado, incluyendo los padrones de población que databan del siglo XVIII (donde por cierto todos se llaman Marias y Josés). Sin embargo, no contábamos con que el día que la maestra Bety me inició en esos menesteres ya estaba en el archivo de microfilm una investigadora, de edad mayor, que se apañó el mejor aparato (el que tiene lupa y ni modo de pedírsela), y un gringo que se disciplinaba para apañarse el otro mejor aparato (sin lupa pero hasta fotocopiadora tenía) y a nosotras nos quedó el más interesante, la antigüedad, el reto mayúsculo, el aparato-cabina, con una manivela, que por supuesto no tenía reversa, y una luz que casi era sepia, con una estructura de metal que sobresalía para que pudieras introducirte y desde ahí leer los maravillosos rollos. La maestra Beatriz no daba crédito, y yo menos de pensar que ese sería mi futuro por los

próximos cuatro meses. Las dos con lentes, sin ver absolutamente nada, y no me pregunten cómo pero las dos cupimos ahí dentro, las dos nos miramos de nuevo y por fin nos reímos de la misión que parecía imposible... que por cierto días más tarde logré cumplir (llegué temprano y quien apañó la lupa fui yo; sobra decir que luego se la devolví a la investigadora porque sentí remordimiento).

Poco a poco, la maestra Beatriz se fue haciendo muy importante para mí. Confió en mí y me dio la oportunidad de demostrarme que podía ser responsable. Las dos nos dimos oportunidad de querernos. Su expresión dura, sus silencios que inspiraban al principio miedo y luego respeto, se fueron desvaneciendo. La maestra Beatriz Oliver, que pocas veces dejaba que la tocaran, ni siquiera para el saludo, se fue suavizando y fue dejando salir a la otra maestra Bety, la que llevaba a desayunar a sus niños de la Subdirección (por los famosos atajos: "maestra ¿falta mucho?", "...no, ya vamos a llegar", "pero es que maestra, hubiera sido más fácil por la otra calle", "no, es más fácil por aquí, sólo faltan 20 cuadras para llegar al Bondy, y cuidado con cruzar la calle"); también sugería que desayunar: "cómete una concha de chocolate"... "pero maestra, es que yo no...", "cómétela, son muy buenas...". La que nos traía como niños esquimales: "ponte el suéter que te va a hacer daño"... "maestra, pero es que yo no tengo frío"... "que te lo pongas, que te vas

a enfermar"; la que se aprendió mi nombre, porque yo al principio era niña... "haber, esta niña... ¡ay, cómo se llama!". Hasta que después tomé un significado para ella: "mi niña Valeria".

Una mañana me dijo: "Tienes que quedarte a trabajar en el Museo, no sé cómo le vas a hacer, pero tienes que quedarte". Supongo que me lo dijo porque sabía cuánto me gustaba (siempre me ha traído recuerdos de la infancia especiales) y cuánto más me había enseñado a quererlo. Después de 1981, no imaginé que en verdad fuera a entrar algún día por la puerta de la Milla, que iba a traer gafete y que me harían descuento en la cafetería de aquel lugar que me parecía místico, monumental, con esa imagen de mi rostro en el espejo, viendo mis ojos y la oscuridad que casi hablaba, pues aquellos muros parecían tener vida propia.

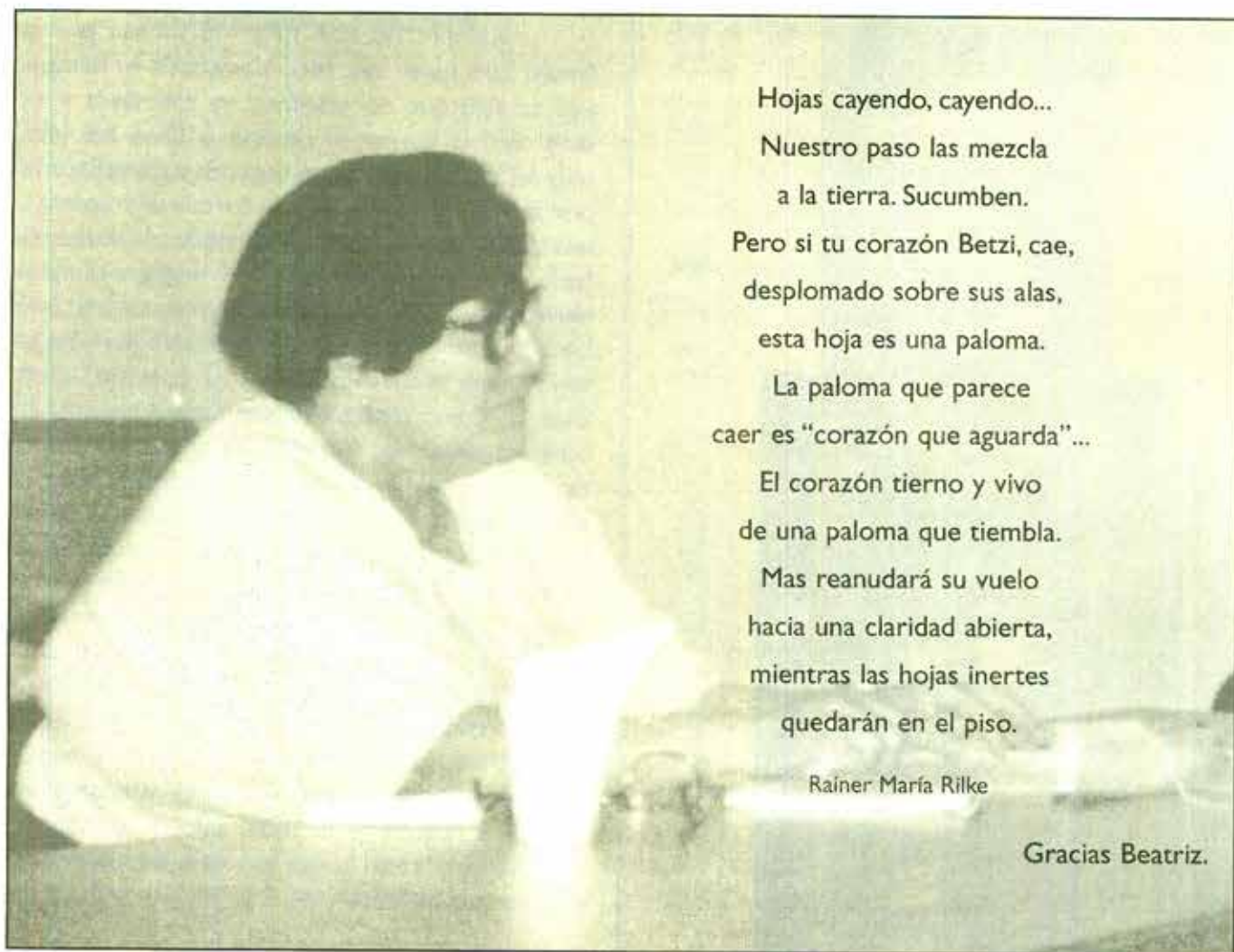
Le encantaba cuidar a quien se dejara. Cuando fuimos a verla a Pachuca, por lo del coloquio otopame, el año pasado, al vernos llegar se encantó, nos presentó como sus niñas de la Subdirección. La cara de alegría se le quitó cuando el Subdirector de Etnografía, Alejandro, le confesó que el coche había tenido un pequeño problema mecánico. A la maestra se le salieron los ojos: "¡pues yo no sé, usted es el responsable, yo se las encargué a usted, la verdad se pueden

quedar a dormir con nosotros, las niñas caben en nuestros cuartos y bueno... usted...usted puede dormir afuera o a ver si encuentra otro cuarto, que no creo porque todo está lleno, pero... a ver!". Hasta la última vez que hablé con ella por teléfono me preguntó por Alejandro, y dijo que seguramente necesitaba otra vez unos coscorrones para que hiciera bien las cosas... todos éramos sus niños, incluyendo el jefe.

La última vez que la vi me invitó a sentarme en su cubículo para platicar (el que por cierto arreglaba todo el día y tenía la gran magia de que siempre quedaba igual). Me dejó prender un cigarro y me dijo, "platicame un ratito... vamos a descansar..."; después de muchos consejos para la vida, le dije: "maestra, ya sabe que la quiero mucho"... a lo que respondió: "yo también, y además sí que me haces reír".

Días después sólo oí su voz. Nos reímos otro ratito, nos dijimos cuánto nos queríamos y las dos sabíamos, no sé por qué, que la despedida iba a ser muy larga.

El tiempo es una construcción mental, no hay movimiento en el sentir, sólo hay permanencias. Me despedí de ella cinco días antes de su partida; se fue sabiendo que el amor y el cariño son inmunes a la historia. La última imagen que tengo son sus flores:



Hojas cayendo, cayendo...
Nuestro paso las mezcla
a la tierra. Sucumben.
Pero si tu corazón Betzi, cae,
desplomado sobre sus alas,
esta hoja es una paloma.
La paloma que parece
caer es "corazón que aguarda"...
El corazón tierno y vivo
de una paloma que tiembla.
Mas reanudará su vuelo
hacia una claridad abierta,
mientras las hojas inertes
quedarán en el piso.

Rainer María Rilke

Gracias Beatriz.

La familia

"El mundo es un montón de fueguitos... Cada persona brilla con luz propia. No hay fuegos iguales. Hay fuegos grandes, fuegos chicos y fuegos de todos colores. Hay gente de fuego sereno, que ni altera el viento con ellos, gente de fuego loco, que llena el aire de chispas. Algunos fuegos, fuegos tontos, no alumbran ni quemar; pero otros arden en la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca a ellos se enciende"

Tía:

Tú eres el fuego que cautiva; te constriñe, te serena, es tan grande en sí que este fuego al sólo mirarlo no te permite parpadear, porque elimina, enciende, constriñe y serena; aún más especial, eres de un fuego que no sólo deslumbra y cautiva, sino que perdura. Al igual que el abuelo, dejaste una huella muy especial en mi vida...

...ahora vuela libre y dichosa más allá de los tiempos, las fechas y ve a través de la eternidad, en donde nos encontraremos alguna que otra vez cuando lo deseemos.

Te quiero y te extraño,
Tu sobrino Alejandro.

¹E. Galeano, *El libro de los abrazos*, Argentina, Paidós, 1989.



Realmente es muy difícil escribirle a alguien a quien quiero y admiro tanto; alguien que desde que tengo memoria ha estado conmigo, en las buenas, en las malas, cuando disfrutaba de mis más anhelados triunfos y cuando pasaba por los caminos más tortuosos de mi vida. En otras palabras, no sé qué haces para siempre lograr estar conmigo, apoyándome, diciéndome lo que está mal de mi conducta y de mis pensamientos, guiándome y orientándome en la difícil pero muy agradable vida.

Siempre he sido muy afortunada por la familia con quien me tocó compartir el tiempo, eso es algo que no elegimos, ya está dada y en este caso la suerte, el destino o Dios me hizo muy feliz; el abuelo por su tenacidad y entusiasmo por la vida, la abuela con su fortaleza y entrega, mis papás por su apoyo y ejemplo de vida, mis hijos por su espontaneidad e inteligencia, mis hermanos, mis primos, mis tíos y todos me han hecho lo que ahora soy... pero creo que aunque todos tienen un espacio en mi corazón, la tía Beatriz—como siempre le gustó que le dijera—es muy especial; la inteligente, capaz, creativa, cariñosa y siempre sincera tía Beatriz... Puedo decirte que me impulsas a seguir adelante como siempre, a buscar nuevos caminos, a encontrarme con mis hijos "tus sobrinos nietos favoritos" y con mis papás. Te agradezco el tiempo, ya que como dije antes a mí me tocó disfrutarte en la Tierra 35 años; tu ejemplo de lucha por la vida con responsabilidad y honradez son valores que no podré olvidar por nada; aunque los tiempos sean adversos y ahora no estés conmigo en presencia, siento y sé que sigues aquí, entre nosotros, por todo lo que has cosechado después de tu ardua siembra.

Tu sobrina Rocío.



Mi tía Beatriz:

Recuerdo imborrable de mi pensamiento, ejemplo a seguir desde mi niñez.

Por su trayectoria familiar, profesional y laboral, cuya bondad no tuvo fin.

Siempre fue entregada a nosotros, todos sus familiares sin distinguir a ninguno.

Todos éramos especiales para ella, todos cabíamos en ese gran corazón.

Persona humilde consigo misma, y con todos los demás, nunca hizo alarde de todos los logros que iba obteniendo, y fueron muchos laboral y profesionalmente.

Admirada por todos nosotros, su capacidad intelectual, su entrega amorosa a los proyectos que tenía en mente y que finalmente realizaba.

Nosotros la vamos a recordar siempre, pues vivirá eternamente en nuestro corazón y en nuestra memoria.

Nos deja un hueco que nunca vamos a llenar por haber sido una persona tan especial.

Tus sobrinos David y Mariel.

Tía Beatriz :

Como muchos lo han dicho, tú siempre fuiste un ejemplo para tus hermanos, tus sobrinos y para toda la gente que te hemos conocido.

Siempre te preocupaste por todos los miembros de la familia. Siempre fuiste una muy buena persona en cualquier situación, lo que no todos son capaces de hacer. Tu alto potencial intelectual, creativo y humano fue admirado también por mucha gente, cosa que tienen muy pocas personas. No cualquiera puede llegar tan lejos como tú.

Tus éxitos a lo largo de tu carrera y como persona fueron grandes, entusiastas, satisfactorios, fueron un signo de tu alto desempeño y esfuerzo para conseguir tus metas.

Nunca fuiste una persona que se rinde y no alcanza sus metas, no descansaste hasta conseguir tus objetivos y siempre fuiste por otro que te propusiste. Nunca dijiste cuando algo estaba mal, nos corregías para que fuéramos mejores personas. Siempre te vamos a recordar no tan sólo por lo que hiciste, sino por la gran persona que fuiste.

Tu sobrino Carlos.



Beatriz Oliver Vega.

Una admirable mujer *guayera*

Alcanzó, a base de gran tesón y esfuerzo propios, primero la carrera de profesora normalista y posteriormente la licenciatura en antropología y maestría en etnohistoria.

Ingreso a la YMCA en el año de 1978

Tras el curso progresivo de natación YMCA y salvamento en los años de 1983-1985, obtuvo la certificación de buceo libre, estrella de bronce y plata. Fue ella quien proporcionó gran parte de la información antropológica de la región en la Laguna de la Media Luna, S.L.P., con motivo del vigésimo aniversario de la primera inmersión en ese sitio al cual se le otorgó valor histórico y cultural por el INAH (Instituto Nacional de Antropología e Historia), poco después de su descubrimiento por un grupo de buzos YMCA en 1967.

Para 1989, pasó a formar parte del comité metropolitano de programa YMCA Desarrollo Comunitario y Asistencia Social, dentro del cual aportó una invaluable asesoría, principalmente sobre las características e idiosincrasias regionales en donde la YMCA imparte sus programas a los hermanos necesitados en zonas deprimidas tanto rurales como del área metropolitana.

Siempre dispuesta a cooperar y luchar por los derechos y valía de la mujer, difundir y enaltecer la riqueza de las costumbres indígenas, la maestra Oliver apoyó en las visitas de campo; asesoró en la buena marcha de los programas del área, e impartió pláticas y conferencias sobre su especialidad, con gran entusiasmo y espíritu de servicio a grupos provenientes de *guays* del extranjero.

A nuestra querida Bety, muchas gracias por todo lo que dio a la *guay*.

¡Descanse en paz!



Ya desde hace un rato las extraño

Donaciano **Gutiérrez Gutiérrez**
Subdirección de Etnografía (MNA)

*Nunca habrá otra
como tú
Nunca habrá otra
Que pueda
Hacer lo que tú haces ¡oh!
¿Darás otra oportunidad?
¿Harás un pequeño intento?
Por favor detente y recuerda
Que estuvimos juntos
De todos modos
¡Está bien!
Se ha ido
Lloro
Muchísimo.*

El blues del chamán
Jim Morrison (3-7-71)

*¿Vivir para quién?
¿Morir para qué?*

La antropóloga María Cristina Suárez y Farias nos decía: “Éstas son preguntas que los seres humanos nos hacemos alguna vez en la vida. No siempre encontramos la respuesta, o no queremos encontrarla, y en algún momento, cuando la naturaleza nos sacude, volvemos a estas trascendentes interrogantes, hacemos de ellas un tema de reflexión; entonces, tratamos de explicarnos cuál es el sentido de la vida, cuál es el sentido de la muerte. Vivir ¿para quién? ¿Para nosotros mismos, para los demás? Luchar sin cesar por la existencia para llegar al fin y morir. ¿Para qué? En México esta última pregunta tiene respuesta muy sencilla: muchos mexicanos morimos para vivir, morimos para llegar al reino de los dioses, morimos para pasar a un lugar de dicha, de armonía, de paz. Las antropólogas Cristina Suárez y Beatriz Oliver coincidieron, entre otras muchas cosas, en que las dos fueron jefas de la Subdirección de Etnografía del Museo Nacional de Antropología, y condujeron con carácter y diplomacia los proyectos que se le asignaron a la Subdirección –“Rescate del patrimonio etnográfico” y “Reestructuración de salas”–, proyectos que aún siguen vigentes.



Las dos antropólogas ya fallecieron, las dos se fueron, sé que están en “el reino de los dioses, en un lugar de dicha, de armonía, de paz”, que nos menciona Cristina. Muchos años trabajaron juntas en la Subdirección de Etnografía compartiendo problemas y alguna alegría; las dos antropólogas dedicaron su trabajo al Museo, a “sus salas”; las dos se dedicaron a la investigación de la etnografía de México: Cristina con los grupos nahuas, Beatriz con los grupos otomíes. Cristina se fue primero, después de una gran batalla contra el cáncer; Beatriz se fue “sin avisarnos”, sin darme la oportunidad de decirle todo lo que agradezco por darme su generosidad y apoyo siempre como jefa y como amiga.

Las dos antropólogas dejan un gran hueco en la Subdirección de Etnografía, en el Museo, en la docencia, en la investigación antropológica, entre sus familias, entre “nosotros” (en mi corazón), entre sus amigos y seres queridos. Su lugar no puede ser sustituido en la historia, permanece su trabajo y su memoria. *Ya desde hace un rato que las extraño.*

Al año de irse Cristina, se fue también Bety, en los “negros febreros”, en la plena realiza-



ción de sus proyectos de investigación, quedando pendientes algunas etapas por desarrollar: Cristina con la Sala Nahua, Bety con el "Proyecto de las regiones indígenas", con los grupos otopames. Ambas antropólogas, Cristina y Bety, fueron mujeres con mucha vitalidad, trabajadoras, entregadas a la etnografía para el Museo, a sus salas; fueron muchos sus trabajos realizados: exposiciones, conferencias, docencia, investigaciones y coordinación de la Subdirección. Fueron mujeres muy productivas que tomará años de trabajo para alcanzar su nivel; perdimos mucho con su partida.

Beatriz Oliver partió en un momento muy productivo de su vida: investigaba y coordinaba un proyecto en la región otopame, organizaba coloquios, daba clases en la Escuela de Restauración, dirigía tesis y siempre participaba en conferencias y charlas acerca de su región de estudio. Ha muerto alguien con quien compartí muchos años de vida profesional, académica y también personal y será difícil acostumbrarse a esa pérdida.

María Cristina Suárez y Farías se fue en pleno desarrollo del "Proyecto de reestructuración de la Sala Nahua"; sin embargo, alcanzó a ver cómo sus ideas iban tomando forma. Cristina era una mujer con mucha vitalidad, buena negociadora, con el encanto de una mujer guapa e inteligente. Los últimos artículos que escribió trataban acerca de la cocina mexicana y sus regiones; también estaba dirigiendo tesis y participaba en los cursos de etnografía de México que impartimos para la Escuela Nacional de Antropología e Historia y coordinaba el "Proyecto de reestructuración integral de salas de etnografía" que con tanto apuro (por el fin de sexenio) nos hacían trabajar.

Después de veinte años trabajando en proyectos etnográficos y museográficos para el Museo, y a muy poco tiempo de haberse ido, Cristina y Beatriz dejan como legado su trabajo, su entrega, su pasión, pero también nos dejan una

profunda tristeza al ya no tenerlas entre nosotros. En lo personal, siempre, siempre recibí por parte de ellas su generosidad, su apoyo, su comprensión, su solidaridad y su cariño; estoy muy agradecido con ellas.

Cristina, Bety, no a pasado mucho tiempo, pero ya desde hace rato las extraño.

En recuerdo de Beatriz

Roberto Cervantes Delgado
Subdirección de Etnografía (MNA)



Al regreso de una larga comisión desarrollada en el estado de Oaxaca, a mediados de los años setenta, encontré en el Departamento de Etnografía del Museo Nacional de Antropología, nuevos elementos que se habían agregado para conformar un incipiente equipo de curadores-investigadores, a raíz de la gestión de la maestra Barbro Dahlgren, al frente del mismo. Ellos eran Silvia González, Olimpia Farfán, Hugo García Valencia, Hilaria Heath, María Luisa Horcasitas, Beatriz Oliver Vega y Teresa Sepúlveda; casi

todos ellos dedicados al estudio de las técnicas de las diversas manifestaciones artesanales indígenas y algunos ya muy influidos para incursionar en el campo de la etnohistoria más que en el de la etnología. La ascendencia de la maestra Dahlgren (también recién fallecida), había dejado su huella indeleble en aquella pequeña y originalmente denominada "Sección de Etnografía" de nuestro Museo.

Beatriz fue tal vez una de las más convencidas de seguir ese derrotero disciplinario y se volcó por entero al estudio histórico de los grupos otopames, principalmente de Puebla, Hidalgo y San Luis Potosí (aunque, en broma, la acusábamos de querer apropiarse de otros territorios de familias otomianas asentadas en los estados de México, Guanajuato y Querétaro). Su interés etnohistórico no la hacía prescindir de un acusado afecto especial por la etnografía, como lo hacíamos todos nosotros.

Ese sentimiento nos unió profesionalmente en intereses a través de los varios años compartidos en la nueva y flamante Subdirección de Etnografía. De esos tiempos, recuerdo ahora una exposición colectiva que nos motivó tanto a arqueólogos como etnólogos: "Tecnología indígena de México" en la que, por haber estudiado expresamente las técnicas de varios grupos, destacaron, entre otros, los guiones de Hugo en textiles y de Beatriz, convertida ya en toda una especialista en los procesos de producción de diversas cerámicas y ambos ya con sus trabajos publicados. Posteriormente, los etnólogos nos reunimos para presentar una particular exposición: "El niño indígena mexicano", que se convirtió en itinerante.

En algún momento y por un largo periodo, Beatriz llegó a ocupar la jefatura de la Subdirección, tiempo durante el cual yo estuve comisionado en el estado de Guerrero, aunque no perdí contacto eventual tanto con los compañeros como con ella, a quien nunca pude llamarle Bety, por no ser afecto a los diminutivos.

Nuevamente en la Subdirección, en una cotidiana relación de compañerismo y ya casi sin interrupciones temporales, nuestro trato se hizo más constante e inclusive rebasó el ámbito del Museo. Por ser ambos espíritus solitarios, agobiados a veces por problemas domésticos comunes e identificados por una proclividad afectiva por las mascotas caninas, platicábamos constantemente para intercambiar opiniones sobre esos triviales aunque vitales aspectos de la vida diaria: plomería, problemas con el gas o con la electricidad, menús, veterinarios, vacunas, alimento. Por lo menos dos veces por semana nos comunicábamos por vía telefónica desde nuestros hogares, en las primeras horas de la noche.

Cada vez que regresaba de una temporada de campo o de eventos foráneos, me llamaba para conocer lo que había pasado en el Museo o en nuestro centro de trabajo, en su ausencia. Esto se convirtió en una constante que se prolongó en todos estos últimos años. El mismo infausto día, hablé con sus familiares a las ocho de la noche. Efectivamente, el cuadro clínico se había complicado por lo que Beatriz había sido trasladada a un hospital oficial en la ciudad de Pachuca, pero sus parientes se comprometieron a darle mis saludos al día siguiente. Eso ya no sucedió, esa misma noche, a las diez y media, recibimos la fatal noticia. Aquella caída y aquel golpe, que todos considerábamos resultado de una simple pérdida de equilibrio, desencadenó una crisis general cuyo desenlace aún nos mantiene perturbados, pues Beatriz nunca nos comunicó a nosotros, sus compañeros, ni un malestar ni un quebranto severo de salud. La noticia nos tomó literalmente desprevenidos y, por lo tanto, adquirió dimensiones de una terrible contundencia. A veces quisiéramos creer que todo ha sido un mal sueño y que, al despertar, la vida podría volver a ser igual que antes.

Es aquél, pues, un aspecto que aún extraño de Beatriz: nuestras regulares y solidarias conversaciones telefónicas. Y además de ese ineludible vacío que sentimos al llegar hoy a la Subdirección de Etnografía, tengo casi la certeza de que una *presencia* —intangible e ingrávida— recorre ese espacio y esos ámbitos, testimoniando el desarrollo de nuestra antes compartida actividad cotidiana.



Bety, recuerdos inolvidables

Mtra. Emma Pérez-Rocha
Dirección de Etnohistoria-INAH

Bety, mujer de contrastes, de estados de ánimos, pero siempre receptiva, con la mirada atenta, dispuesta a tender la mano a quien necesitaba apoyo, aun sin pedirselo.

Mis recuerdos se remontan a los ya lejanos años de nuestro paso por la Escuela de Antropología e Historia, donde coincidimos en algunas clases, debido a que no éramos de la misma generación; ella perteneció a la de 1964, la mía fue posterior. Hubo empatía casi de inmediato; su andar pausado, su voz que en aquella época iba de la suavidad a una gran firmeza, su actitud no de corrección pero sí de cierto mando unida a un sentimiento de protección la revelaban como lo que era: maestra de instrucción primaria, espíritu que nunca perdió y con el que acogió a todos sus alumnos, inclusive en grados superiores.

Volviendo a la remembranza de aquellos años de escuela, los recuerdos son difusos; cursamos juntas algunas materias de la especialidad de etnohistoria, entre las que sobresalen las de etnografía antigua y las impartidas por el profesor Jiménez Moreno: náhuatl e historia antigua, y si mal no recuerdo, las del maestro Carlos Martínez Marín: instituciones indígenas en la Colonia y códices.

Al terminar los cursos los intereses se fueron definiendo, por vocación propia o bien por las circunstancias. Beatriz ingresó a la entonces Sección de Etnografía del Museo Nacional de Antropología y nuestros encuentros se dieron entonces con mayor frecuencia en la Biblioteca Nacional de Antropología y en las Mesas Redondas de la Sociedad Mexicana de Antropología. La afinidad existente desde las aulas se fue haciendo mayor y fue creciendo una hermosa amistad nacida de la confianza y del conocimiento mutuo. ¿Quién no recuerda esos detalles de Beatriz?, parecía que percibía casi con un sexto sentido lo que acontecía en el interior de los seres que la rodeaban. Un día llegó a la oficina de etnohistoria ubicada en la vieja casona de las calles de Córdoba; mi ánimo, por múltiples circunstancias, era de lo peor; ella



sonriente abrió su bolsón, sacó una bella estampa y me la dio; al reverso decía: "Nunca está más oscuro que cuando va a amanecer" y así de manera tan sencilla y profunda a la vez, hizo renacer en mí la fe.

Bety era muy discreta; solía hablar poco de sí misma pero percibí que su juventud no fue fácil, que siempre vivió en una búsqueda incesante por definir su vocación de maestra, algo que creo había logrado al morir. Esta búsqueda, que definió alguna vez como un afán por encontrarse consigo misma, la llevó a realizar diversas actividades. Estudió algunos años de la carrera de medicina; fue maestra normalista y una importantísima antropóloga, siempre al día, involucrada con diversos seminarios y diplomados. Excelente etnógrafa, nunca dejó de lado su formación como etnohistoriadora; muestra de esto es su tesis *Tributo y encomienda entre los mazahuas del siglo XVI*. Sin embargo, pesó más su labor y amor por su trabajo en el Museo, en ese mundo fantástico en el que, como ella nos contó, la introdujo la maestra Barbro Dahlgren, hecho por el que siempre mostró gran reconocimiento.

Una vez que se graduó, tanto Jesús Monjarás-Ruiz como yo la tratamos de persuadir para que formara parte del grupo de investigadores del entonces Departamento de Etnohistoria, sobre todo durante aquellos momentos difíciles por los que pasó en la Subdirección de Etnografía; pero invariablemente, siempre encon-

tró un pretexto o una realidad para no hacerlo, firme en sus convicciones y en lo que consideraba su deber hacia el Museo y diría yo por su enorme amor y afán de servicio hacia esta institución y hacia su trabajo etnográfico.

Siempre la recordaremos apresurada los días que tenía que impartir clases en la Facultad de Medicina de Pachuca; igual actitud tendría años después respecto a la Escuela de Restauración de Churubusco.

No sólo la vida académica le fue importante; también dedicaba las primeras horas del día a la actividad deportiva. Se inició en la gimnasia, continuó durante corto tiempo con el Tae Kwon Do; pese a ello, esta disciplina fundamentalmente de defensa le permitió desfogar tensiones, reafirmar su fuerza de voluntad y su poder de concentración. Pero la actividad central en su paso por la YMCA (Asociación Cristiana de Jóvenes) fue la natación y el buceo; después de cada salida a bucear se sentía realmente realizada, regresaba renovada, gratificada por ese mundo lleno de quietud y de colores y por la enorme solidaridad de sus compañeros. Mundo que dejó sorpresivamente por varias razones, una de gran peso: atender a su anciano padre, acompañarlo a desayunar. No obstante, no se desligó de la YMCA, haciendo patente su afán de servicio: durante varios años formó parte, como vocal, del comité metropolitano de programa YMCA de Desarrollo Comunitario y Asistencia Social A.C., que organiza seis centros de desarrollo comunitario, tres en el Distrito Federal y área metropolitana y tres más en el interior de la República, además de

tres casas de migrantes en la frontera norte y por último el programa de becarios de Camohmila, a través del cual se imparte educación primaria y secundaria a niños del pueblo de Tepoztlán y se da apoyo, a nivel profesional, a jóvenes del mismo.

Conviví con Bety en dos ámbitos tan diferentes, el antropológico y el deportivo, en los cuales hubo algunas constantes: su fuerza de voluntad, su determinación para dar siempre el paso siguiente, su espíritu de superación, su gran sensibilidad y su ternura embozadas algunas veces en la brusquedad.

El último recuerdo que tengo de ella la define singularmente. Acababa de caerse cuando me comuniqué con ella; estaba muy desesperada y preocupada; le aconsejé que tuviera calma, que tomara el periodo de recuperación como un descanso relativo, que leyera algo agradable y dejara que el tiempo corriera de manera natural. Me respondió que le era difícil hacerlo, sobre todo porque tenía preocupación por el grupo de alumnos con los que estaba saliendo de trabajo de campo, concretamente por una chica que dado su tema de investigación y su personalidad podía crearse problemas.

Fue y es aún increíble su partida; nos dolió mucho pero, conforme pasan los días y al hacer estas remembranzas, el dolor se va trocando en aceptación, porque los recuerdos son agradables y gratificantes, lo que nos lleva a pensar que su ciclo fue corto, pero bien vivido, puesto que cumplió su meta final: encontrarse a sí misma a través de la entrega, el amor y el respeto a sus semejantes.



Beatriz



Oliver

